

Julio Verne

El camino de Francia
Segunda parte

XV

De qué manera y en qué estado entramos mi hermana y yo en el hotel de las Armas de Prusia; lo que hablamos y lo que pensamos por el camino, no lo sé; en vano he tratado muchas veces de recordarlo. Probablemente no cambiaríamos una sola palabra. Si se hubiera podido notar la turbación que llevábamos, seguramente hubiéramos infundido sospechas. No hubiera sido preciso más para ser conducidos ante las autoridades. Se nos hubiese interrogado, acaso nos hubiesen detenido, si llegaban a descubrir qué lazos nos unían a la familia Keller.

En fin, no sé cómo, llegamos a nuestra habitación sin haber encontrado a nadie. Mi. hermana y yo quisimos conferenciar antes de ver a
M. y Mlle. de Lauranay, a fin de ponernos de acuerdo sobre lo que convenía hacer.

Allí estábamos los dos, mirándonos como tontos, agobiados, sin atrevernos a pronunciar una sola palabra.

- ¡Pobre desgraciado! ¿Qué ha hecho? - exclamó al fin mi hermana.

-¿Que qué ha hecho? (respondí.) Lo que hubiera hecho yo y cualquiera en su lugar. M. Juan ha debido ser maltratado, injuriado por ese Frantz...., y le habrá herido; esto debía suceder más tarde o más temprano. Si, yo hubiera hecho otro tanto.

- ¡Mi pobre Juan! ¡Mi pobre Juan! - murmuraba mi hermana, en tanto que las lágrimas corrían por sus mejillas.

-Irma (dije): ¡valor! ¡Es preciso tener valor!

-¡Condenado a muerte!

-¡Minuto ¡(exclamé yo.) Ya se ha puesto en salvo; ya está fuera de sus alcances, y en cualquier parte que se halla ha de estar mejor que en el regimiento de esos bribones de Grawert, padre o hijo.

- ¿Y esos mil florines que se prometen a cualquiera que lo entregue, Natalis?

-Esos mil florines no están todavía en el bolsillo de nadie, Irma; y, probablemente, nadie los cobrará nunca.

-¿Y cómo podrá escapar mi pobre Juan? Su. nombre está esparcido por todas las ciudades y todas las aldeas. ¡Cuántos infames habrá que estarán deseando entregarle! Los mejores no querrán recibirle en su casa ni por una hora!

-No te acongojes, Irma (respondí). Todavía no está perdido todo. En tanto que los fusiles no están apuntados contra el pecho de un hombre....

- ¡Natalis! ¡Natalis!....

- Y además, Irma, los fusiles pueden fallar: esto se ha visto muchas veces. No te acongojes. M. Juan ha podido huir y refugiarse en el campo; esta vivo, y no es hombre para dejarse prender. ¡Él se salvará! No tengas miedo.

Lo digo sinceramente: si yo usaba este lenguaje, no era solamente para dar un poco de confianza a mi hermana, no; yo tenía confianza. Evidentemente, lo más difícil para M. Juan después del hecho, había sido emprender la fuga, y puesto que había conseguido realizarla, no parecía que fuese fácil echarle mano, puesto que los edictos prometían una recompensa de mil florines a cualquiera que lograse apoderarse de él. ¡No! Yo no quería perder la esperanza, a pesar de que mi hermana no quería escuchar nada.

- ¿Y Mad. Keller? - dijo.

Si; esto era quizás más grave. ¿Qué había sido de Mad. Keller? ¿Había podido lograr reunirse con su hijo? ¿Sabía lo que había ocurrido? ¿Acompañaría a M. Juan en su fuga?

- ¡Pobre mujer! ¡Pobre madre! (repetía mi hermana.) Puesto que ha tenido tiempo de alcanzar al regimiento en Magdeburgo, no debe ignorar nada. Sin duda sabe que su hijo está condenado a muerte. ¡Ah, Dios mío, Dios mio!....¡Cuántos dolores acumuláis sobre ella!....

-Irma (dije): cálmate, yo te lo ruego. ¡Si te escucharan! Bien sabes que Mad. Keller es una mujer enérgica. ¡Quizás M. Juan haya podido encontrarla!

Aunque esto parezca sorprendente, lo cual es posible, lo repito, yo hablaba con sinceridad. No está en mi naturaleza abandonarme a la desesperación.

- ¿Y Marta? - dijo mi hermana.

- Mi opinión es que conviene dejar que lo ignore todo (respondí). Esto me parece malo; Irma. hablándole de ello, nos expondríamos a hacerla perder su valor. El viaje es largo todavía, y la pobre joven tiene necesidad de todas las fuerzas de su alma. Si llegara a saber lo que ha sucedido, que M. Juan está condenado a muerte, que ha huido, que su cabeza ha sido puesta a precio, ¡no viviría! Seguramente se negaría a seguirnos.

-Sí, tienes razón, Natalis; pero ¿y M. de Lauranay? ¿Guardaremos también para con él el secreto?

-Igualmente, Irma. Con decírselo no adelantaríamos nada. ¡Ah! ¡si nos fuera posible el ponernos en busca de Mad. Keller y de su hijo!.... Sí; entonces debiéramos decírselo todo a M. de Lauranay; pero nuestro tiempo está contado, y nos está prohibido permanecer más días en este territorio. Muy pronto seríamos nosotros también arrestados, y no veo de qué serviría esto a M. Juan. Conque vamos, Irma; es preciso tener juicio. Sobre todo, que Mlle. Marta no se aperciba de que has llorado.

-¿Y si sale a la calle, Natalis, no puede dar la casualidad que lea el edicto y sepa?....

-Irma (respondí): no es probable que M. y Mlle. de Lauranay salgan del hotel durante la noche, puesto que no han salido durante el día. Por otra parte, cuando llegue la noche, será muy difícil leer un edicto. Por consiguiente, no tenemos que temer que ellos se enteren: conque ten cuidado contigo, hermana mía, y se fuerte.
- Lo seré, Natalis: comprendo que tienes razón. ¡Sí, me contendré; no se verá nada por fuera! ¡Pero en mi interior ¡....
- Por dentro llora, Irma; pues la verdad es que todo esto es bien triste; pero cállate: esta es la consigna.

Después de la cena, durante la cual yo hable desatinadamente, a fin de llamar la atención sobre mí y ayudar así a mi hermana, M. y Mlle. de Lauranay permanecieron en su habitación, con-forme yo lo había previsto. De todos modos, así era mejor. Después de una visita que hice a la cuadra, volví a reunirme con ellos, y los invité a acostarse temprano.

Yo deseaba salir a eso de las cinco de la mañana, pues teníamos que hacer una jornada, si no muy larga, al menos muy fatigosa, a través de un país montuoso.

Todos nos metimos en la cama. Por lo quo a mi hace, puedo asegurar que dormí bastante mil. Todos los sucesos de aquellos días desfilaron por mi cabeza. Aquella confianza qué yo tenía cuando se trataba de animar el decaído espíritu de mi hermana, parecía que se me escapaba entonces. Las cosas se iban poniendo mal. Juan Keller había sido cogido, entregado.... ¿No es así como se razona entre sueños?

A las cinco ya estaba levantado. Desperté a todo el mundo, y fui a hacer enganchar. Tenía prisa por salir de Gotha.

A las seis, cada uno ocupó su sitio en la berlina; cogí las riendas de mis caballos, que habían reposado bien y los hice marchar a buen paso durante una tirada de cinco leguas. Habíamos llegado ya a las primeras montañas de la Thuringia.

Allí las dificultades iban a ser grandes, y sería preciso andarse con mucho cuidado.

No es que dichas montañas sean muy elevadas: evidentemente no son los Pirineos ni los Alpes. Sin embargo, el terreno es duro para los carruajes, y había que tomar tantas precauciones por la berlina como por los cabildos. En aquella época apenas estaban trazados los caminos. Todo se volvía desfiladeros, muy a menudo estrechísimos, a través de gargantas talladas en la roca, o de espesos bosques de encinas, de pinos y de brezos.

Las veredas en zig-zag eran frecuentes, así como los senderos tortuosos, por los cuales la berlina pasaba como encajonada entre montañas cortadas a pico, y profundos precipicios, en el fondo de los cuales rugían algunos torrentes.

De vez en cuando descendía yo de mi asiento, a fin de conducir los caballos por las riendas; M. de Lauranay, su nieta y mi hermana, echaban pie a tierra para subir las cuestas más empinadas. Todos marchaban valerosamente, sin quejarse, lo mismo Mlle. Marta, a pesar de su constitución delicada, que
M. de Lauranay, no obstante su avanzada edad. Por otra parte, era preciso con frecuencia hacer alto, a fin de tomar aliento y respirar. ¡Cuánto me regocijaba de no haber dicho nada de lo que concernía a M. Juan! Si mi hermana desesperaba y se afligía a pesar de mis razonamientos, ¡cuál no hubiera sido la desesperación de Mlle. Marta y de su abuelo!

Durante aquella jornada del 21 de Agosto, no hicimos cinco leguas, en línea recta, se entiende, pues el camino se hacía interminable con sus mil vueltas y revueltas, de tal modo, que algunas veces nos parecía que volvíamos por los mismos pasos.

Tal vez no nos hubiese venido mal un guía; pero ¿de quién hubiéramos podido fiarnos? ¡Franceses entregados a la merced de un alemán, cuando la guerra estaba declarada!.... ¡No! Más valía no contar más que consigo mismo para salir del apuro.

Por otra parte, M. de Lauranay había atravesado con tanta frecuencia la Thuringia, que lograba orientarse sin gran dificultad. Lo más difícil era caminar por en medio de los bosques. Lográbamos conseguirlo, no obstante, guiándonos por el sol, que no podía engañarnos, pues él, al menos, no es de origen alemán.

La berlina se detuvo a eso de las ocho de la noche, en el límite de un bosque de chaparros situado en los flancos de una alta montaña de la cadena de los Thurlenger Walks. hubiese sido muy imprudente aventurarse a través del bosque durante la noche.

En aquel sitio, nada de fonda ni hotel; ni siquiera una cabaña de leñadores. Era preciso acostarse en la berlina, o bajo los primeros árboles del bosque.

Se cenó con las provisiones que llevábamos en las maletas. Yo desenganché los caballos. Como la hierba era abundante por todos lados, los dejó placer en libertad, con la intención, sin embargo, de volar sobre ellos durante la noche.

Obligué a M. de Lauranay, Mlle. Marta y a mi hermana a ocupar de nuevo sus puestos en la berlina, donde podrían al menos reposar al abrigo del relente de la noche y de una especie de lluvia menuda que empezaba a caer, bastante glacial, pues el terreno en que estábamos alcanzaba ya cierta altura.

M. de Lauranay se ofreció a pasar la noche conmigo. ¡Yo rehusé! Veladas como aquellas no son convenientes para un hombro de su edad. Además, yo me bastaba solo.

Envuelto en mi gran manta de viaje, con el ramaje de los árboles sobro mi cabeza, no sería muy digno de compasión. Ya había pasado muchos peores que ésta, allá en las praderas de América, donde el invierno es más rudo que en ningún otro clima, y no me inquietaba mucho por una noche más pasada al raso.

En fin: hasta entonces todo iba a pedir de boca, en lo que a nosotros se refería. Nuestra tranquilidad no fue turbada lo más mínimo, y la berlina, en aquella ocasión, valía tanto como cualquier habitación de los hoteles del país. Con las portezuelas bien cerradas, no había cuidado de sentir la humedad; con las mangas de viaje, no se podía temer al frío, y si no hubiera sido por las inquietudes que nos inspiraba la suerte de los ausentes, hubiéramos dormido perfectamente.

A eso de las cuatro de la mañana, cuando apenas empezaba a ser de día, M. de Lauranay salía de la berlina, y vino a proponerme vigilar en mi puesto, a fin de que yo pudiese descansar una o dos horas.

Temiendo disgustarle si rehusaba otra vez, acepté, y con los brazos sobre los ojos, y la cabeza apoyada en mi manta, eché un buen sueño.

A las seis y media estábamos todos en pie.

- Debéis estar muy fatigado, M. Natalis, - me dijo Mlle. Marta.

- ¿Yo? (respondí.) he dormido como un lirón en tanto que vuestro abuelo velaba. ¡Es un excelente hombre M. de Lauranay!

-Natalis exagera un poco (respondió éste sonriendo); y la noche próxima me permitirá....

-No os permitiré nada, M. de Lauranay (respondí yo alegremente). Estaría bueno ver velar al amo hasta el día, en tanto que yo criado...

- ¡Criado! - dijo Mlle. Marta.

- Si, criado o cochero, lo mismo da. ¿Es que no soy cochero, y un cochero hábil, de lo cual me alabo? Llamémoslo postillón, si queréis, para bajar un poco mi amor propio. No soy por eso menos vuestro servidor.

-No, nuestro amigo (respondió Mlle. Marta, tendiéndome la mano), y el más fiel que Dios haya podido darnos para conducirnos a Francia.

¡Ah! ¡que buena era la señorita! ¿Qué no haría uno por gentes que le dicen cosas como esta, y con un acento tan verdadero de amistad?

Sí, ¡ojalá pudiésemos llegar a la frontera¡ ¡Quisiera Dios que Mad. Keller y su hijo lograsen pasar al extranjero, entretanto que lograban verse juntos!...

En cuanto a mí, si la ocasión se presentara de sacrificarme de nuevo por ellos, estoy dispuesto, y si es preciso dar la vida, amén; como dice el cura de mi aldea.

A las siete estábamos ya en marcha. Si esta jornada del 22 de Agosto no ofrecía más obstáculos que la del dio anterior, debíamos, antes que llegara la noche, haber atravesado todo el territorio de la Thuringia.

En todo caso, el dio comenzó bien. Las primeras horas fueron duras indudablemente, porque el camino subía todavía por entro rocas cortadas a pico, y el suelo estaba en algunos sitios tan malo, que era preciso a veces empujar las ruedas. Pero en fin salimos de aquellos malos pasos sin ningún entorpecimiento,

Hacia mediodía habíamos llegado a lo más alto de un desfiladero, que se llama el Gebauer, si mis recuerdos no me engañan, el cual atraviesa la montaña más elevada de la cadena. No faltaba más que descender hacia el Oeste. Sin dejar correr demasiado el carruaje, lo cual no hubiera sido prudente, se iría de prisa.

El tiempo no había cesado de ser tempestuoso. Si la lluvia había cesado de caer desde la salida del sol, el cielo estaba cubierto de espesas nubes, semejantes, por la electricidad que encierran, a enormes bombas. Basta el más pequeño choque para que estallen. Entonces surge la tempestad, que es siempre de temer en los países montañosos.

En efecto: hacia las seis de la tarde, los estampidos del trueno se dejaron oír. Estaban lejos todavía, pero se les sentía aproximarse con excesiva rapidez.

Mlle. Marta, sepultada en el fondo de la berlina, absorta en sus pensamientos, no parecía asustarse demasiado. Mi hermana cerraba los ojos y permanecía inmóvil.

- ¿No sería mejor hacer al te? - me dijo M. de Lauranay, inclinándose por fuera de la portezuela.

-Mejor sería (respondí), y me pararía, a condición de encontrar un sitio conveniente para pasar la noche; pero sobre esta pendiente no la creo muy probable.

- ¡Prudencia, Natalis!

-Estad tranquilo, M. de Lauranay, - respondí.

No había acabado de hablar, cuando un intenso relámpago envolvió materialmente la berlina y los caballos. Un rayo acababa de herir uno de los más altos árboles, que estaba a nuestra derecha. Felizmente el árbol cayó del lado del bosque.

Los caballos se espantaron muchísimo, y yo comprendí que no iba a poder sujetarlos. Descendieron por el desfiladero a galopo, a pesar de los esfuerzos desesperados que yo hacía para detenerlos. Lo mismo los caballos yo, estábamos ciegos por los relámpagos y ensordecidos por los estampidos de los truenos. Si aquellos animales, que corrían como locos, daban un paso en falso, la berlina se precipitaría en los abismos profundísimos que bordeaban el camino.

De repente, las riendas se rompieron, y los caballos, aún más libres, se lanzaron con más furia todavía. Una catástrofe inevitable nos amenazaba.

En aquel momento se produjo un choque. La berlina acababa de estrellarse contra el tronco de un árbol que estaba atravesado en el desfiladero. Los tiros se rompieron, y los caballos saltaron por encima del árbol. En aquel. sitio el desfiladero hacía un brusco recodo, al otro lado del cual las desgraciadas bestias desaparecieron en el abismo.

La berlina se había roto al choque, se habían roto las ruedas delanteras, pero no había volcado.
M. de Lauranay, Mlle. Marta y mi hermana, salieron de ella sin heridas. Yo, aunque había sido arrojado desde lo alto del pescante, estaba, sin embargo, sano y salvo.

¡Qué irreparable accidente! ¿Qué iba a ser de nosotros ahora, sin medios de transporte, en aquellos desiertos bosques de la Thuringia? ¡Qué noche pasamos!

Al día siguiente, 23 de Agosto, fue preciso emprender a pie aquel penoso camino, después de haber abandonado la berlina, de la cual no hubiéramos podido hacer uso, aunque hubiésemos tenido otros caballos para reemplazar los que habíamos perdido.

Yo hice un paquete con algunas provisiones y varios efectos de viaje, y me la echó al hombro, atado al extremo de un palo.

Así descendíamos por el desfiladero, que, si de Lauranay no se equivocaba, debía conducirnos a la llanura. Yo marchaba delante. mi hermana, Mlle. Marta y su abuelo, me seguían de la mejor manera posible. No calculo en menos de tras leguas la distancia que recorrimos en aquella jornada. Cuando llegó la noche y nos decidimos a hacer alto, el sol poniente iluminaba las vastas llanuras que se extienden hacia el Oeste, al pie de las montañas de la Thuringia.

XVI

La situación era grave. ¡Y cuánto se agravaría todavía, si no encontrábamos un medio de reemplazar el carruaje perdido, la berlina abandonada en los desfiladeros de los Thuringler-Walks! Ante todo, se trataba de encontrar un refugio para pasar la noche. Después, ya pensaríamos en lo que había que hacer.

Yo estaba muy disgustado. No se veía ni una cabaña en los alrededores. No sabía qué hacer, cuando, subiendo hacia la derecho, percibí una especie de choza construida en el límite del bosque que se extendía en la última derivación de la cadena de montañas.

Aquella cabaña estaba abierta a los vientos por dos de sus lados, a más de la faz anterior. Las tablas carcomidas dejaban pasar la lluvia y el viento. Sin embargo, la cubierta del techo había resistido, y sí comenzaba a llover fuerte, aquello nos serviría a lo menos de abrigo.

La tempestad de la víspera había limpiado tan completamente el cielo, que no habíamos tenido lluvia durante el día. Desgraciadamente, con la noche, las espesas nubes vinieron del oeste; después se formaron esas nieblas acuosas que parecen estar al ras del suelo. Yo me conceptuaba, por tanto, muy feliz con haber encontrado aquella guarida, por miserable que fuese, pues ya no teníamos la berlina para pasar en ella la noche.

M. de Lauranay se había impresionado mucho con este accidente, sobre todo por su nieta. Una larga distancia nos separaba todavía de la frontera francesa; por consiguiente, ¿cómo podríamos terminar el viaje en el plazo marcado, si nos veíamos obligados a continuar a pie? Teníamos, pues, que hablar de todas estas cosas; pero lo que había que hacer primeramente era andar mis de prisa.

En el interior de la choza, que no parecía haber estado habitada recientemente, el suelo estaba cubierto de una copa de hierba seca. Allí sin duda, se refugiaban los pastores que conducen sus rebaños a pacer a la montaña, en aquellas últimas colinas de la cadena de los monte de Thuringia. Al pie de aquella colina se extendían las llanuras de Sajonia, en dirección de Fuida, a través de los territorios de la provincia del Alto-Rhin.

Bajo los rayos del sol poniente, que les hería en sentido oblicuo, aquellas colinas se extendía hacia el horizonte, formando leves ondulaciones Parecían inmensas wastes, nombre que se da en Alemania a los terrenos menos áridos que la landas. Aunque estas wastes estuviesen de trecho en trecho interrumpidas por pequeñas alturas no debían, sin

embargo, los caminos ofrecer la dificultades que habíamos tenido que vencer des de que salimos de Gotha.

Cuando llegó la noche, ayudé a mi hermana a disponer algunas de nuestras provisiones por la cena, que apenas probaron M. y Mlle.. de Lauranay, fatigados como sin duda se hallaban por aquella jornada de todo el día. Tampoco Irma tenía deseos ni estaba en disposición de comer. El cansancio se sobreponía al hambre.

- ¡Hacéis mal! (les decía yo.) Alimentarse es lo primero; descansar después: este es el método del soldado en campaña. Hemos de tener necesidad de nuestras piernas en adelante: por consiguiente, es preciso cenar, Mlle. Marta.

-Bien quisiera, amigo Natalis (me respondió) pero me sería imposible. Mañana por la mañana antes de partir, intentaré tomar algún alimento.

- Siempre será una comida menos - repliqué yo.

-Sin duda; pero no temáis nada: no os haré retrasar en nuestra marcha.

En fin. no pude obtener nada de ella, a pesar de mis vivas instancias, a pesar de que prediqué con un ejemplo devorador. Yo estaba resuelto a tomar fuerzas como cuatro, como si al día siguiente hubiera de soportar cuádruple trabajo.

A pocos pasos de la choza corría un arroyo de límpidas aguas, que se perdía en el fondo de una estrecha garganta. Algunas gotas de esta agua, mezclada con aguardiente, de lo cual llevaba yo un frasco de viaje completamente lleno, podían bastar para constituir una bebida reconfortante.

Mlle. Marta consintió en beber dos o tres tragos;
M. de Lauranay y mi hermana la imitaron, lo cual los sentó muy bien.

Después, los tres fueron a tenderse dentro de la choza, donde no tardaron en dormirse.

Yo había prometido ir también a tomar mi parte de sueño, con la intención decidida, por supuesto, de no hacer tal cosa.

Al prometer hacerlo así, me guiaba la idea de impedir que M. de Lauranay quisiese velar conmigo, pues era preciso evitar que se impusiese aquel exceso de fatiga.

Por consiguiente, me quedé de centinela, paseando arriba y abajo. Ya se comprenderá que hacer este servicio no tenía nada de nuevo para un soldado. Por prudencia, las dos pistolas que yo había cogido de la berlina, me las había colocado en la cintura. Me parecía que había de ser muy prudente el hacer guardia de verdad.

Por la misma razón, me hallaba firmemente dispuesto a resistir al sueño, a pesar de que los párpados me pesaban enormemente. Algunas veces, cuando mis piernas se fatigaban demasiado, me recostaba un poco cerca de la choza, con el oído siempre aguzado y la vista siempre avizor.

La noche era obscura y sombría, a pesar de que las nieblas bajas habían ido remontándose poco a poco a la! alturas. Ni un punto luminoso se veía en aquel obscuro velo, ni siquiera el reflejo de una estrella. La luna se había puesto casi a la misma hora que el sol; ni el más pequeño átomo de luz se divisaba a través del espacio.

Sin embargo, el horizonte estaba libre de toda bruma; si se hubiese encendido una pequeña hoguera en lo más profundo del bosque, o en la inmensa superficie plana, la hubiera percibido seguramente desde más de una legua de distancia.

¡Pero no!....: todo estaba obscuro; por delante, del lado de las praderas; a nuestra espalda, bajo]os macizos que descendían oblicuamente desde la montaña vecina, deteniéndose en el ángulo en que se hallaba situada la choza. Por lo demás, el silencio era tan profundo como la obscuridad. Ni un soplo de viento turbaba la calma de la atmósfera como suele suceder con frecuencia cuando el tiempo está pesado, hasta el punto que la tempestad no se manifiesta ni siguiera en relámpagos de calor.

Es decir, sí; un ruido se dejaba escuchar continuamente. Era un silbido prolongado, que reproducía las marchas tocadas por la charanga del Real de Picardía. Como se ve, Natalis Delpierre se dejaba llevar involuntariamente de sus malas costumbres.

No había más músico que él en el campo, en aquella hora en que los pájaros dormían bajo el follaje de los pinos y de las encinas.

Al mismo tiempo que silbaba, reflexionaba en el pasado. Se me representaba ante los ojos todo cuanto había hecho en Belzingen desde mi llegada; el casamiento, deshecho en el momento en que iba a terminarse; el suspendido desafío entre el teniente Grawert y M. Juan; la incorporación de éste al regimiento; nuestra expulsión de los territorios de Alemania. Después, en el porvenir entreveía las dificultades que se amontonaban; Juan Keller, con su cabeza pregonada y puesta a precio, huyendo como un presidiario de su condenación a muerte; y su madre, que no sabría dónde unirse con él.

¿Y si había sido descubierto? ¿Y si algunos miserables lo habían entregado para embolsarse la prima de los mil florines? ¡No! Yo no podía, mejor dicho, no quería creer esto. Audaz y resuelto, M. Juan no era hombre que se dejara prender, ni que consintiera en ser vendido.

Mientras que yo me abandonaba a estas reflexiones, sentía que mis párpados se cerraban a pesar mío. Entonces me levantaba, no queriendo sucumbir al sueño. Era de sentir que la naturaleza estuviera tan tranquila y que la obscuridad fuese tan profunda. No había ni un solo ruido que pudiera desvelarme, ni una luz en toda la campiña, ni en lo más lejano del cielo, que llamara mi atención, y sobra la cual hubiera podido fijar mis miradas. Era preciso un esfuerzo constante de mi voluntad para no ceder a la fatiga.

Entretanto, el tiempo corría. ¿Qué hora sería ya? ¿Habría pasado la media noche? Bien pudiera ser, pues las noches son bastante cortas en esta época del año. Para conocerlo, busqué con ¡a vista algún reflejo blanquecino en el ciclo, hacia el Oriente, en las crestas de las montañas. Pero nada señalaba todavía la próxima aparición del alba. Debía, pues, estar equivocado, y, en efecto, lo estaba.

Entonces me vino a la imaginación que, durante el oía, M. de Lauranay y yo, después de haber consultado el mapa del territorio, habíamos convenido en que la primera ciudad importante que tendríamos que atravesar sería Tann, en el distrito de Cassel, provincia de Hesse-Nassau. Allí sería muy probable que pudiésemos reemplazar la berlina. No nos importaba el medio de que hubiéramos de valernos para llegar a Francia; con tal de que llegáramos, siempre iríamos bien. Sin embargo, para llegar a Tann era preciso andar una docena de leguas, y.... En esto iba de mis cavilaciones, cuando de repente me sobresalté.

Me puse en pie, y escuché con atención. Ha pareció que se había oído una detonación lejana. ¿Sería un tiro?

Casi en seguida una segunda detonación llegó hasta mí. No había duda posible; era la descarga de un fusil o de una pistola. Al mismo tiempo había creído ver como una luz rápida hacia e3 limite de los árboles que rodeaban la choza.

En la situación en que nos encontrábamos, en medio de un país casi desierto, todo era de temer. Si una banda de vagabundos o de merodeadoras acertaba a pasar por allí, seguramente hubiéramos sido descubiertos. Y aunque no fuesen más que media docena de hombres, ¿cómo habríamos podido resistirlos?

En esta incertidumbre transcurrió un cuarto de hora. Yo no había querido despertar a M. de Lauranay. Podía suceder muy bien que aquellas detonaciones procediesen de un cazador a la espera del jabalí o del venado. En todo caso, por la luz que yo había entrevisto, calculaba en una media legua la distancia a que se habían disparado los tiros.

Yo permanecía en pie, inmóvil, con la mirada fija en aquella dirección; pero no oyendo nada, comencé a tranquilizarme, y aun a preguntarme si no habría sido el juguete de una ilusión del oído y de la vista.

Algunas veces se cree no dormir, y se duerme; lo que se toma por una realidad no era más que la fugitiva impresión de un sueño.

Resuelto a luchar contra la necesidad de dormir, me puse a pasear muy de prisa, de un lado a otro, silbando, sin darme cuenta de ello, mis marchas favoritas. Algunas veces, en estos paseos, llegaba hasta el ángulo del bosque, detrás de la choza, y me internaba un centenar de pasos bajo los árboles.

Al poco tiempo me pareció oír como que algún cuerpo se deslizaba bajo el ramaje. Tal ves habría por allí alguna zorra o algún lobo; lo cual era posible. Por si acaso, preparé mis pistolas, y me dispuse a recibirlo. Y tal es la fuerza de la costumbre, que, aun en aquel momento, corriendo el riesgo de descubrirme, continuaba silbando, según supe más tarde, pues yo no me daba cuenta de ello.

De repente, creí ver surgir una sombra de entre el ramaje; el tiro de mi pistola salid al azar: pero al mismo tiempo que la detonación estallaba, un hombre aparecía delante de mi.

Le había reconocido solamente a la luz del fogonazo de mi pistola: era Juan Keller.

XVII

Al ruido, M. de Lauranay, Mlle. Marta y mi hermana, súbitamente despertadas, se habían lanzado fuera de la choza. En el hombre que salía conmigo de entre la espesura del bosque, no habían podido adivinar a M. Juan, ni a Mad. Keller, que acababa de aparecer casi en seguida. M. Juan se lanzó hacia ellos. Antes de que hubiese pronunciado una palabra, lo había reconocido Mlle. Marta, y él la estrechaba contra su corazón.

- ¡Juan! - murmuró la joven.

- ¡Si, Marta! ¡Yo mismo! ¡Y mi madre también! Mlle. de Lauranay se arrojó en los brazos de Mad. Keller.

No convenía perder la sangre fría ni cometer imprudencias.

-Entremos todos en la choza (dije); os va en ello la cabeza, M. Juan.

-¡Qué! ¿Sabéis quizás, Natalis?...

- Mi hermana y yo lo sabemos todo.

- ¿Y tú, Marta, y vos, M. de Lauranay? preguntó Mad. Keller.

- ¿Pues qué hay de nuevo? - exclamó Mlle. Marta.

-Vaís a saberlo (respondí yo). Entremos.

Un instante después, todos estábamos encajonados dentro de la choza. Si no nos veíamos unos a otros, al menos' nos oíamos. Yo, colocado tema dé la puerta, escuchando siempre, no dejaba de observar el camino.

Y M. Juan lo refirió todo, no interrumpiéndose más que para escuchar si había algún ruido en el exterior.

Por otra. porte, este relato lo hizo M. Juan con un tono fatigoso, con frases entrecortadas, que le permitían tomar aliento, como si llegase sofocado por una larga carrera.

-Querida Marta (dijo): esto debía suceder, y más vale que me encuentre aquí, oculto en esta choza, que allí, bajo las órdenes del coronel von Grawert y en la misma compañía del teniente Frantz.

Entonces, en pocas palabras, Marta y mi hermana supieron lo que había pasado antes de nuestra salida de Belzingen; la provocación insultante del teniente; el encuentro

convenido, y su negativa a llevarlo a efecto después de la incorporación de M. Juan al regimiento de Lieb.

-Si (dijo M. Juan). Yo iba a estar bajo las órdenes de aquel oficial, que podría entonces vengarse de mí a su placer, en lugar de verme enfrente de él con un sable en la mano. Y aquel hombre que os había insultado, Marta, yo le hubiera matado; estaba seguro de ello.

- ¡Juan! ¡pobre Juan! - murmuró la joven.

-El regimiento fue enviado a Borna (añadió Juan Keller). Allí, durante un mes, fui sometido a los trabajos más duros, humillado en el servicio, castigado injustamente, tratado como no se trata a un perro; y todo por Frantz. Yo me contenía; lo soportaba todo, pensando en vos., Marta, en mi madre, en todos mis amigos. ¡Ah! ¡No sabéis lo que he sufrido! En fin: el regimiento salió pira Magdeburgo. Allí fue donde mi madre pudo reunirse conmigo; pero fue allí también donde una noche, hace cinco días, en una calle en que yo me encontraba solo con el teniente Frantz, después de haberme llenado de injurias, me hirió con su látigo. Ya eran demasiadas humillaciones y demasiados insultos. Mo arrojó sobre él, ciego, y le herí fuertemente.

- ¡Mi pobre Juan!.... -murmuró de nuevo Mlle. Marta.

-Yo estaba perdido, sí no lograba escaparme (añadió M. Juan). Felizmente, pude encontrar a mi madre ~n la fonda en que se alojaba. Algunos instantes después había cambiado mi uniforme por un trajo de paisano, y salimos de Magdeburgo. Al día siguiente, según supe bien pronto, estaba condenado a muerte por un consejo de guerra. se ponía a precio mi cabeza: ¡mil florines a quien me entregara! ¿Cómo poder salvarme? No lo sabía: pero yo quería vivir, Marta; quería vivir para volver a veros a todos.

En este instante M. Juan se interrumpid.

- ¿Se oye algún ruido? - preguntó. .

Yo me lancé fuera de la choza. El camine estaba silencioso y desierto. No obstante, apliqué mi oído al suelo. Ningún ruido sospechoso se escuchaba por el lado del bosque.

- No se oye nada, - dije, entrando.

-Mi madre y yo (continuó M. Juan) nos habíamos lanzado a través de las campiñas de Sajonia, con la esperanza de poder alcanzaros, puesto que mi madre conocía el itinerario que la policía os había obligado a seguir. Caminábamos casi siempre y con preferencia durante la noche, comprando un poco de alimento en las casas aisladas, atravesando de prisa las poblaciones, en muchas de las cuales podía leer el edicto que ponía a precio mi cabeza.

-Si; el edicto que mi hermana y yo hemos leído en Gotha, - repliqué yo.

- Mi designio (dijo M. Juan) era tratar de llegar a Thuringia, donde, según mis cálculos, debíais hallaros todavía. Además, allí estaría con más seguridad. Al fin llegamos a las montañas. ¡Qué camino tan rudo!.... Bien lo sabéis, Natalis, puesto que os habéis visto obligados a recorrer una parte de pie a pie.

- En efecto, M. Juan (repliqué). Pero ¿quién ha podido deciros?....

-Ayer tarde, cuando, llegábamos al lado de allá del desfiladero de Gebauer (respondió M. Juan), vi una berlina partida por la mitad, que había sido abandonada en medio del camino. En el momento reconocí el carruaje de M. de Lauranay. Era claro que os había acontecido algún accidente. ¿Estabais sanos y salvos? ¡Ah! ¡Qué angustias experimentamos! Mi madre y yo habíamos. caminado toda la noche y al llegar el día era preciso ocultarnos.

- ¡Ocultaros! (dijo mi hermana.) ¿Y por qué? ¿Acaso erais perseguidos?

-Si (respondió M. Juan); perseguidos por tres bribones que habíamos encontrado a la bajada del desfiladero de Gebauer, el cazador furtivo Buch y sus dos hijos, de

Belzingen. Ya los había yo visto en Magdeburgo, en seguimiento del ejército, con otro gran número de vagos y ladrones de su especie. Sin duda sabían que había mil florines que ganar siguiendo mi pista; eso es lo que han hecho, y esta misma noche hace apenas dos horas, hemos sido atacados rudamente a una media legua de aquí, en e lindero del bosque.

-¿Es decir, que los dos tiros que yo creí oír?....

-Son los que han disparado ellos, Natalis. Mi sombrero ha sido atravesado por una bala, sin embargo, refugiándonos en una espesura tanto mi madre como yo, hemos podido escapa de esos miserables. Sin duda, han debido cree que hemos retrocedido en nuestro camino, pues se han dirigido por el lado de la montaña. Entonces nosotros hemos emprendido nuestra marcha hacia la llanura, y al llegar al límite de bosque os he reconocido en el silbido, Natalis. - ¡Y yo que ha disparado sobra vos, M. Juan al ver un hombre que avanzaba!...

-Poco importa, Natalis; pero es posible que vuestro tiro haya sido oído, y es preciso que mi marche al instante.

- ¿Sólo? -exclamó Mlle. Marta.

-¡No! Partiremos juntos (respondió M. Juan). Si es posible, no nos separaremos hasta haber alcanzado la frontera francesa. Cuando la hayamos pasado, será ocasión de pensar en una separación, que acaso, sea muy larga.

Todos sabíamos ya lo que nos importaba saber; es decir, cuán amenazada estaría la vida de M. Juan, si el cazador furtivo Buch y sus dos hijos volvían a ponerse sobre sus huellas. indudablemente trataría de defenderse contra aquellos bribones; no se rendiría sin luchar tenazmente; pero ¿cuál sería el resultado de esta lucha, en el caso probable de que los Buch hubieran reunido algunas genios de la peor especie, de tantas como entonces infestaban la campiña?

En muy pocas palabras, M. Juan fue puesto al corriente de todo lo que nos había acontecido desde nuestra salida de Belzingen, y de cómo nuestro viaja se había hecho sin grandes tropiezos hasta el accidente del Gebauer.

Pero al presente, la carencia de caballos y de carruaje nos ponía en una situación extremadamente difícil.

-Es preciso procurarse a toda costa medios de transporte,- dijo M. Juan.

. - Yo tengo esperanza de que nos será fácil encontrarlos en Tann (respondió M. de Lauranay). En todo caso, mi querido Juan, no permanezcamos más tiempo en esta choza. Buch y sus hijos se han extraviado quizás por este lado; es preciso aprovecharnos de lo que nos queda de noche.

- ¿Podréis seguirnos, Marta? - preguntó M. Juan.

- Estoy dispuesta, -contestó Mlle.. de Lauranay.

-¿Y tú, madre mía, que acabas de soportar tantas fatigas?

- En marcha, hijo mío - dijo Mad. Keller.

No nos quedaban más que algunas pocas provisiones; apenas las necesarias para llegar hasta Tann; pero de todos modos, eran las suficientes para evitarnos el tenernos que detener en las aldeas por donde Buch y sus hijos podrían o habrían podido pasar.

En vista de todos estas circunstancias, se decidió lo siguiente antes de ponerse en camino; pues ante todo era preciso asegurar el niño, como decimos los picardos en el juego del piquet. En tanto que no hubiera peligro en separarnos, estábamos decididos a no hacerlo, indudablemente, lo que había de ser relativamente fácil para M. de Lauranay y para Mlle.. Marta, para mi hermana y para mi, puesto que nuestros pasaportes nos protegían hasta la frontera francesa, sería mucho más difícil para Mad. Keller y su hijo.

Por consiguiente, éstos debían tomarla precaución de no entrar en las ciudades por las cuales se nos había obligado a pasar a nosotros.

Se detendrían antes de entrar, y nos esperarían al otro lado a nuestra salida. De esta manera, quizá no fuera imposible hacer el viaje juntos.

-Partamos, pues (dije yo). Si puedo comprar un carruaje y dos caballos en Tann, ahorraremos muchos fatigas a vuestra madre, a Mlle. Marta, a mi hermana y a M. de Lauranay. En cuanto a nosotros,

M. Juan, no nos apuraremos por unos cuantos días de marcha y unas cuantas noches de dormir al raso; y ya veréis qué hermosas son en estas noches las estrellas que brillan sobre la tierra de Francia.

Dicho esto, yo me adelantó una veintena de posos hacia el camino. Eran las dos de la madrugada. Una profunda obscuridad envolvía todo el paisaje Sin embargo, en las más altas crestas de las montañas se vislumbraban ya las primeras claridades del alba.

Pero si yo no podía ver nada, al menos podía oír. Escuchó por todos lados con una atención extrema. La atmósfera estaba tan tranquila, que el más leve ruido de pasos por entre el ramaje de la arboleda no hubiera podido escapárseme.

No se ola nada. Era preciso convenir en que Buch y sus hijos habían perdido las huellas de Juan Keller. Ya estábamos todos fuera de la choza. Yo había cargado con las provisiones que quedaban, y os aseguro que no formaban un fardo muy pesado. De las dos pistolas que yo llevaba, di una o M. Juan, y me quedé con la otra. Si la ocasión se presentaba, seguramente sabríamos servirnos de ellas.

En aquel momento, M. Juan es aproximó a Mlle.. de Lauranay, y cogiéndole una mano, la dijo con voz conmovida:

- Marta: cuando quise tener la dicha de haceros mi esposa, mi vida me pertenecía. Ahora, no soy más que un fugitivo, un condenado a muerte.... ¡No tengo ya el derecho de asociar vuestra vida a la mía! Juan (respondió Mlle.. Marta): estamos unidos ante Dios. ¡Que Dios nos guíe!....

XVIII

Pasaré rápidamente los sucesos ocurridos durante los dos primeros días de nuestro viaje con M. Keller y su hijo. Hasta entonces habíamos tenido la fortuna, al salir del territorio de Thuringia, de no tropezar con ningún mal encuentro.

Por otra parte, muy sobreexcitados, como nos hallábamos, caminábamos a buen paso. Se hubiese podido decir que Mad. Keller, Mlle. Marta y mi hermana nos daban el ejemplo. Era preciso pedirlos que se moderasen. Se descansaba ordinariamente una hora por cada cuatro de marcha, y cuando llegaba la noche, dábamos por concluida nuestra jornada.

El país, poco fértil, estaba interceptado por todas partes por barrancos abiertos por los torrentes, y erizado de sauces y álamos blancos.

Ofrece un aspecto muy salvaje toda aquella parte de la provincia de Hesse-Nassau que ha formado después parte del distrito de Cassel. se encuentran en ella pocas poblaciones; solamente algunas granjas de techos planos, sin tejas ni canales. íbamos atravesando entonces el territorio de Schmalkalden, con un tiempo favorable, un cielo nublado, y una brisa bastante fresca que nos daba de espaldas. Sin embargo, nuestras compañeras iban ya muy fatigadas, cuando el dio 21 de Agosto, después de haber recorrido a pie una decena de leguas desde las montañas de Thuringia, llegamos a la vista de Tann, hacia las diez de la noche.

Allí, conforme a lo que habíamos convenido, M. Juan y su madre se separaron de nosotros. No hubiera sido prudente atravesar aquella ciudad, en la cual M. Juan hubiera podido ser reconocido, y ¡sabe Dios qué consecuencias lo hubiese acarreado esto? .

Quedamos convenidos en que al día siguiente., a las ocho de la mañana, nos encontraríamos en el camino de Fulda. Si nosotros no éramos exactos a la cita,, era que la adquisición de un carruaje y de caballos nos habría detenido. Pero Mad. Keller y su hijo no habían de entrar en Tann bajo ningún pretexto. Muy prudente fue este acuerdo, pues los agentes se mostraron muy severos en el examen de nuestros pasaportes. Hubo momentos en que creí que iban a detener a gentes a quienes se expulsaba del territorio. Fue preciso decir de qué manera viajábamos, en qué circunstancias habíamos perdido nuestro carruaje; en fin, todo.

Esto nos sirvió, sin embargo. Uno de los agentes, con la esperanza de una buena comisión, nos ofreció ponernos en relación con un alquilador de carruajes. Su proposición fue aceptada. Después de haber acompañado a Mlle. Marta y a mi hermana al hotel, M. de Lauranay, que hablaba muy bien el alemán, vino conmigo en casa del alquilador.

Carruajes de viaje no tenla. fue preciso contentarse con una especie de carricoche de dos ruedas con una cubierta de cuero, y con el único caballo que podio engancharse a sus varas. Inútil es decir que M. de Lauranay debió pagar dos veces el valor del caballo, y tres el del carricoche. Al día siguiente, a las ocho, encontramos a Mad. Keller y a su hijo en el camino. Una mala taberna les había servido de alojamiento. M. Juan había pasado la noche en una silla, mientras que su madre disponía de un mal jergón. M. y Mlle.. de Lauranay, Mad. Keller y mi hermana, montaron en el carricoche, en el cual había yo colocado algunas provisiones compradas su Tann. Sentados los cuatro, quedaba todavía un quinto sitio: se le ofrecí a M. Juan; pero rehusó. Finalmente, convinimos en que le ocuparíamos los dos por turno, y la mayor parte del tiempo acontecía que íbamos los dos a pie, a fin de no echar demasiado peso en el carruaje, y que el caballo fuese más descansado. Para comprar éste no había sido posible elegir. ¡Ah! ¡Cuánto me acordaba de nuestros pobres caballos de Belzingen! El 26 por la noche llegábamos a Fulda, después de haber visto desde lejos la cúpula de su catedral, y desde una altura un convento de franciscanos. El 27 atravesábamos Schilachtern, Sodon y Salmunster, en la confluencia de los ríos Salza y Kinzig.

El 28 llegábamos a Gelnhausen, y si hubiéramos viajado por gusto, hubiéramos debido visitar, según se me ha dicho después, su castillo, habitado por Federico Barbarroja. Pero fugitivos como íbamos, o poco menos teníamos otras cosas en qué pensar.

Sin embargo, el carricoche no iba tan de prisa como yo hubiera querido, a causa del mal estado del camino, que, principalmente en los alrededores de Salmunster, atravesaba bosques interminables, cortados por vastos estanques, mucho mi, grandes que los que se ven en Picardía. Por esas razones no marchábamos sino al piso, originándose retrasos que no debían de ser inquietantes. Hacia ya trece días que habíamos salido de Belzingen. Siete días más, y nuestros pasaportes no tendrían valor ninguno.

Mad. Keller estaba muy fatigada. ¿Qué sucedería si llegaban a faltarle las fuerzas por completo, y nos veíamos obligados a dejarla en alguna ciudad, o en otra población cualquiera? Su hijo no podría permanecer con ella, que, a su vez, tampoco lo hubiera permitido. En tanto que la frontera francesa no estuviese entro los agentes prusianos y M. Juan, éste corría peligro de muerte.

¡Qué de dificultades tuvimos que vencer para atravesar el bosque de Lomboy que se extiende a izquierda y a derecha del río Kinzig, basta las montañas del territorio de Hesse-Darmstadt! Creí que no llegaríamos nunca al otro lado del río, y nos fue preciso perder mucho tiempo antes de encontrar un vado para poder pasar.

En fin, el 29 el carricoche se detuvo un poco antes de llegar a Hanan. Nos vimos obligados a pasar la noche en aquella ciudad, en la cual se notaba un considerable movimiento de tropas y de equipajes,

Como M. Juan y su madre hubieran tenido que dar un gran rodeo a pie, lo menos de dos leguas, para dar la vuelta a la población, M. de Lauranay y Mlle. Marta se quedaron con ellos en el carruaje.

Sólo mi hermana y yo entramos en la ciudad a fin de renovar nuestras provisiones.

Al día siguiente, 30, nos encontramos en el camino que corta el distrito de Viessbaden. Dejamos a un lado, hacia el mediodía, la pequeña villa de Offenbach, y por la noche llegamos a Francfort-aur-le-Mein.

Nada dirá de esta gran ciudad, sino que está situada sobra la orilla derecha del río y que en tus calles hormiguean los hebreos.

Habiendo pasado el Mein en la barca del batelero de Offenbach, habíamos ido a salir frente por frente al camino de Mayenza. Como no podíamos evitar el entrar en Francfort para que nos revisaran los pasaportes, una vez cumplida esta formalidad, volvimos a encontrar a M. Juan y a su madre. Aquella noche, por consiguiente, no nos vimos obligados a una separación, siempre penosa. Pero lo que nos fue más grato y apreciable todavía, fue el encontrar donde alojarnos (verdad es que muy modestamente) en el arrabal del Salhsenhausen, sobra la ribera izquierda del Mein.

Después de cenar todos en compañía, cada cual se fue apresuradamente a su cama, excepto mi hermana y yo, que teníamos que comprar algunas cosillas.

En esta salida, mi hermana oyó, entre otras cosas, lo siguiente, en casa de un panadero, donde varias personas hablaban del soldado Juan Keller: se decía que había sido capturado en Salmunster, y se daban minuciosos detalles de la captura. Verdaderamente, aquello hubiera sido muy divertido para nosotros, si hubiésemos tenido gana de bromas.

Pero lo que me pareció infinitamente más grave, fue el oír hablar de la próxima llegada del regimiento de Lieb, que debía dirigirse desde Francfort a Mayenza, y de Mayenza a Thionville.

Si esto era cierto, el coronel von Grawert y su hijo iban a seguir el mismo camino que nosotros. En previsión de un encuentro semejante, ¿no convendría modificar nuestro itinerario y seguir una dirección más hacia el Sur, aun a riesgo de comprometernos, dejando de pasar por las ciudades indicadas por la policía prusiana?

Al día siguiente, 31, comuniqué esta mala noticia a M. Juan, quien me recomendó no hablar de ello ni a su madre ni a Mlle. Marta, que tenían ya suficientes inquietudes. Al otro lado de Mayenza se vería el partido que convendría tomar, y si sería necesario separarse hasta la frontera. Caminando de prisa, tal vez pudiéramos ponernos a bastante distancia del regimiento de Lieb, de manera que alcanzáramos antes que él la frontera de Lorena.

Partimos, pues, a las seis de la mañana. Desgraciadamente, el camino era áspero y fatigoso.

Fue preciso atravesar los bosques de Neilruh y de La Ville, que están próximos, casi tocando a Francfort. Con este motivo hubo retrasos de varias horas, empleados en dar la vuelta a los caseríos de Hochst y de Hochheim, que estaban ocupados por una sección numerosa de equipajes militares. Yo vi el momento en que nuestro viejo carricoche, con su flaco caballo y todo, nos iba a ser arrebatado para el transporte de varios quintales de pan. Resultado: que aunque desde Francfort a Mayenza no hay más que una quincena de leguas, no pudimos llegar a esta última población hasta la noche del 31. Nos hallábamos entonces en la frontera del Hesse-Darmstadt.

Fácil es de comprender que Mad. Keller y su hijo habían de tener gran interés en no pasar por Mayenza. Esta ciudad está situada sobre la orilla izquierda del Rhin, en su confluencia con el Mein, y frente por frente de Cassel, que es como uno de sus arrabales, el cual se une a la principal parte de la población por un puente de barcas de una longitud de seiscientos pies.

Pero para encontrar de nuevo los caminos que se dirigen hacia Francia, es indispensable franquear el Rhin, sea por más arriba o sea por más abajo de la ciudad, cuando no se quiera pasar por el puente antes citado.

Vednos aquí, pues, buscando con afán una barca que pudiese transportar a M. Juan y a su madre. Todo fue inútil; el servicio de las barcas estaba interrumpido por orden de la autoridad militar.

Eran ya las ocho de la noche. Nosotros no sabíamos verdaderamente qué hacer.

-Es preciso, sin embargo, que mi madre y yo pasemos el Rhin, - dijo M. Juan.

- ¿Y por qué sitio, y cómo? - respondí yo.

- Por el puente de Mayenza, puesto que, es imposible pasar por otra parte. En vista de esto, adoptamos el siguiente plan.

M. Juan tomó mi manta, en la cual se envolvió desde la cabeza hasta los pies; y luego, cogiendo el caballo por las riendas, se dirigió hacia la puerta de Cassel.

Mad. Keller se había sepultado en el fondo de carricoche, entra los vestidos de viaje. M. y Mlle. de Lauranay, mi hermana y yo, ocupábamos las dos banquetas.

Así colocados, nos aproximamos todo lo posible a las viejas fortificaciones de ladrillos enmohecidos, por entre las avanzadas, y el carricoche se paró delante del puesto que guardaba la cabeza del puente.

Encontrábanse allí multitud de personas, que volvían del mercado libre que se había celebrado aquel día en Mayenza. Allí fue donde M. Juan recurrió a toda su audacia.

- ¿Vuestros pasaportes? - nos dijo. Yo mismo le alargué los documentos pedidos, que él entregó al jefe del puesto.

-¿Qué gentes son esas? - le preguntaron.-Franceses que conduzco a la frontera.

-¿Y quién sois vos?

-Nicolás Friedel, alquilador de carruajes e Hochst.

Nuestros pasaportes fueron examinados con una atención extremadamente minuciosa, por más que estuviesen en regla. Ya se comprenderá la angustia que a todos nos oprimía el corazón.

-A estos pasaportes no les quedan más que cuatro días de validez (dijo el jefe del puesto); es preciso, por tanto, que, en ese término, estas gentes estén ya fuera del territorio.

- Lo estarán (respondió Juan Keller); pero no tenemos tiempo que perder.

-Pasad.

Media hora después s, franqueado el Rhin, nos encontrábamos en el Hotel de Anhali, donde M. Juan debía representar hasta el último momento su papel de alquilador de carruajes. No se me podrá olvidar nunca aquella entrada nuestra in Mayenza.

¡Lo que son las cosas!.... ¡Qué recibimiento tan diferente se nos hubiera hecho cuatro meses más tarde, cuando, en Octubre, Mayenza se había rendido a los franceses! Qué alegría hubiese sido encontrar allí a nuestros compatriotas! ¡De qué manera hubieran recibido, no sólo a nosotros, a quienes se arrojaba de Alemania, sino también a Mad. Keller y a su hijo, al saber su historial y aun cuando hubiéramos debido permanecer seis meses, ocho meses, en aquella capital, hubiera sido con gusto, pues hubiéramos salido con nuestros bravos regimientos y los honores de la guerra para entrar en Francia.

Pero no se llega cuando se quiere; y lo principal, cuando ya se ha llegado, es poder salir cuando a uno lo convenga.

Cuando Mad. Keller, Mlle.. Marta y mi hermana entraron en sus habitaciones del Hotel de Anhalt, M. Juan se fue a la cuadra a cuidar de, m caballo, y M. de Lauranay y yo salimos a la calle, a ver si sabíamos, por casualidad, alguna noticia.

Lo que nos pareció más oportuno, fue el instalarnos en una cervecería, y pedir los periódicos. Y verdaderamente, era cosa que merecía la pena de saberse lo que había pasado en Francia desde nuestra partida. En efecto: había tenido lugar la terrible jornada del 10 de Agosto, la invasión de las Tullerías, el degüello de los suizos, la prisión de la familia real en el Temple, y el verdadero destronamiento de Luis XVI.

Cada uno de estos hechos eran de naturaleza más que suficiente para precipitar la masa de coligados hacia la frontera francesa.

Conociendo esto, la Francia entera se hallaba dispuesta a rechazar la invasión.

Continuaban organizados los tres ejércitos; Luckner al Norte, Lafayette al Centro y Montesquieu al Mediodía.

En cuanto a Dumouriez, servía entonces a las órdenes de Luckner como teniente general.

Pero, - y esta era una noticia que no tenía más que tres días de fecha, - Lafayette, seguido de algunos de sus compañeros, acababa de dirigirse al cuartel general austríaco, donde, a pesar de sus reclamaciones, se la había tratado como prisionero de guerra.

Por este hecho se podrán juzgar las disposiciones en que se hallaban nuestros enemigos para todo lo que era francés, y qué suerte nos esperaba si los agentes militares nos hubiesen cogido sin pasaportes.

Sin duda, entre lo que contaban los papeles, había cosas que podían creerse, y otras de las cuales no debería hacerse caso; sin embargo, la situación, según las últimas noticias, era la siguiente:

Dumouriez, comandante en jefe de los ejércitos del Norte y del Centro, era un gran hombre; todo el mundo estaba persuadido de ello. Por eso mismo, deseosos de hacer caer sobre él los primeros golpes, los soberanos de Prusia y Austria estaban para llegar a Mayenza. El duque de Brunswick dirigía los ejércitos de la coalición. Después de haber penetrado en Francia por las Ardennes, tenían la intención de marchar hacia París por el camino de Chalons. Una columna de sesenta mil prusianos se dirigían por Luxemburgo hacia Longwe. Treinta y seis mil austríacos, bajo las órdenes de Clairfayt y del príncipe de Hohenlohe, flanqueaban el ejército prusiano. Tales eran las terribles masas que amenazaban a Francia.

Os digo por adelantado todas estas cosas, que yo no supe hasta más tarde, porque conociéndolas se comprende mejor la situación.

Entretanto, Dumouriez estaba en Sedán con veintitrés mil hombres. Kellermann, que reemplazaba a Luckner, ocupaba Metz, con veinte mil.

Quince mil estaban en Landau, a las órdenes de Custine: treinta mil en Alsacia, mandados por Biron, estaban dispuestos para unirse fuera necesario, bien a Dumouriez, o bien a Kellermann.

En fin: como última noticia, los periódicos nos comunicaban que los prusianos acababan de tomar a Longwe, que bloqueaban a Thionville, y que el grueso de su ejército marchaba sobre Verdun.

Con tales nuevas, volvimos al hotel, y cuando Mad. Keller supo lo que pasaba, a pesar de que se encontraba muy débil, rehusó hacernos perder veinticuatro horas en Mayenza, tiempo que le hubiera sido muy necesario para su reposo.

Pero era grande el temor que tenía de que su hijo fuera descubierto. Se convino, pues, en emprender la marcha al día siguiente, que era el 1º de Septiembre. Una treintena de leguas nos separaba todavía de la frontera.

Nuestro caballo, a pesar del cuidado que de él había tenido, no iba muy de prisa. ¡Y, sin embargo, cuánta necesidad teníamos de apresurarnos! Hasta llegada la noche no descubrimos a lo lejos las ruinas de un antiguo castillo en la cima del Schlossberg. Al pie de esta montaña se extiende Kreuznach, ciudad importante del distrito de Coblentza, situada sobre el Nahe, y que, después de haber pertenecido a Francia en 1801, volvió al dominio de Prusia en 1815.

Al día siguiente llegamos al caserío de Kirn, y veinticuatro horas más tarde al de Birkenfeld. Afortunadamente, corno no nos faltaban las provisiones, pudimos, tanto Mad. Keller y M. Juan como nosotros, dar un rodeo y evitar la entrada en aquellas poblaciones, que no estaban marcadas en nuestro itinerario. Pero había sido necesario contentarnos con la cubierta del carricoche por todo abrigo, y ya se comprende que las noches pasadas en tales condiciones no dejaban de ser penosas.

Otro tanto nos aconteció cuando hicimos alto el 3 de Septiembre por la noche. a las doce de la noche del día siguiente espiraba el plazo que nos había sido concedido para evacuar el territorio alemán. Y todavía nos hallábamos a dos jornadas de marcha antes de llegar a la frontera. ¿Qué sería de nosotros, si por casualidad éramos detenidos en el camino, sin pasaportes válidos para los agentes prusianos?

Acaso tuviéramos que vernos obligados a dirigirnos más hacia el Sur, del lado de Sarrelouis, que era la población francesa más próxima. Pero con esto nos exponíamos a caer precisamente en el centro de la masa de prusianos que iban a reforzar el bloqueo de Thionville. Por consiguiente, nos pareció preferible alargar nuestro camino, a fin de evitar tan peligroso encuentro.

En suma: sólo nos hallábamos a pocas leguas del país, sanos y salvos todos. Que llegáramos allá
M. y Mlle.. de Lauranay, mi hermana y yo, no tendría nada de extraordinario indudablemente. En cuanto a Mad. Keller y a su hijo, bien podía decirse que las circunstancias les habían favorecido. Cuando Juan Keller se había reunido con nosotros en las montañas de Thuringia, no contaba yo con la seguridad de que podríamos estrecharnos las manos en la frontera francesa.

Sin embargo, nos interesaba mucho evitar a Saarbruck, no solamente por interés de Juan Keller y de su madre, sino también por interés nuestro. Aquella ciudad nos habría ofrecido su hospitalidad, más bien en una prisión que en un hotel. Fuimos, pues, a alojarnos a una posada cuyos huéspedes habituales no debían ser de primera calidad. Más de una vez el posadero nos miró de una manera muy singular. Hasta me pareció que, en el momento en que partíamos, cambiaba algunas palabras con varios individuos reunidos alrededor de una mesa, en el fondo de una obscura habitación, y a los cuales nosotros no podíamos ver.

En fin, el 4 por la mañana tomamos el camino que pasa entre Metz y Thionville, prontos a dirigirnos, si era preciso, a la primera de dichas ciudades, que los franceses ocupaban entonces.

¡Qué marcha tan penosa fue aquella, a través de una masa de busques diseminados por todo el país! El pobre caballejo no podía más; así fue que, a eso de las dos de la tarde, y al empezar a subir una larga y empinada cuesta que se. desarrollaba entre espesos matorrales, y bordeaba algunas veces por campos de arena, nos vimos obligados a echar pie a tierra todos, menos Mad. Keller, que se hallaba demasiado fatigada para bajarse del carricoche.

Se caminaba, pues, lentamente. Yo llevaba el caballo por la rienda; mi hermana iba cerca de mí;
M. de Lauranay, su aleta y M. Juan caminaban un poco detrás. Excepto nosotros, no se vela un alma por el camino.

A lo lejos, hacia la izquierda, se dejaban oír sordas detonaciones. Por aquel lado se combatía; sin duda era bajo los muros de Thionville.

Da repente, y hacia la derecha, se oyó un tiro. Nuestro caballo, herido mortalmente, cayó a tierra, rompiendo las varas del carricoche. Al mismo tiempo se oían estas vociferaciones:

-¡Al fin le tenemos!

- ¡Si, este es Juan Keller! ¡Para nosotros los mil florines!

-Todavía no, -dijo M. Juan.

Un segundo tiro resonó. Pero esta vez era M.
Juan quien lo había disparado, y un hombre rodaba por tierra cerca de nuestro caballo.

Todo esto había pasado tan rápidamente, que yo no había tenido tiempo de darme cuenta de ello.

- ¡Son los Buch! - me dijo M. Juan.

- Pues bien: zurrémosles, - respondí yo.

Aquellos bribones, en efecto, se encontraban en la fonda en que nosotros habíamos pasado la noche. Después de algunas palabras cambiadas con el posadero, se habían lanzado en nuestro seguimiento.

Pero de tres, no eran ya más que dos: el padre y el segundo de los hijos. El otro, con el corazón atravesado por una bala, acababa de espirar.

Y entonces, dos contra dos, la partida sería igual. Ésta, por otra parte, no sería larga. Yo, a mi vez, tiré sobre el otro hijo de Buch, al cual no hice más que herir. Entonces él y su padre, viendo que su golpe había sido errado, se movieron por entre la arboleda, hacia la izquierda, y se alejaron a todo correr.

Yo quería lanzarme en su seguimiento; pero M. Juan me lo impidió. ¡Quién sabe si tendría razón!

- ¡No! (me dijo): lo que más urge es atravesar la frontera; en marcha, en marcha.

Como ya no teníamos caballo, fue, preciso abandonar nuevamente nuestro carricoche. Mad.
Keller se vio obligada a echar pie a tierra, y marchaba apoyada en el brazo de su hijo.

Algunas horas más, y nuestros pasaportes no nos protegerían.

Así se caminó hasta la noche. Se acampó bajo los árboles, y nos servimos del resto de las provisiones. En fin: el día siguiente, 5 de Septiembre, al anochecer, atravesamos la frontera.

¡Si! ¡Era el suelo francés el que nuestros pies pisaban entonces, suelo francés, ocupado por soldados extranjeros!....

XIX

Tocábamos, pues, al término de este largo viaje, que la declaración de guerra nos había obligado a hacer a través de un país enemigo. Este penoso camino de Francia le habíamos recorrido nosotros, no solamente con extremas fatigas, sino expuestos a grandes peligros. Sin embargo, salvo en dos o tres circunstancias, entre otras cuando los Buch nos habían atacado, nuestra vida no había estado en peligro ni nuestra libertad tampoco.

Esto que digo de nosotros era del mismo modo aplicable a M. Juan, desde que lo habíamos encontrado en las montañas de Thuringia. había también llegado sano y salvo. Al presente no le quedaba más que dirigirse a alguna población de los Países Bajos, donde podría esperar en seguridad el desenlace de los acontecimientos. .

Sin embargo, la frontera estaba invadida. Austríacos y prusianos, establecidos en aquella región que se extiende hasta el bosque del Argonne, nos la hacían tan peligrosa como si hubiésemos tenido que atravesar los distritos de Postdam y Brandeburgo. Es

decir, que, después de las fatigas pasadas, el porvenir nos reservaba todavía peligros extremadamente graves.

¿Qué queréis? Cuando uno cree que ha llegado, apenas si se encuentra en el camino.

En realidad, para pasar las avanzadas del enemigo y sus acantonamientos, sólo nos faltaba una veintena de leguas que franquear. Pero en marchas y contramarchas, ¿cuánto su alargaría este camino?

Acaso hubiera sido mucho más prudente entrar en Francia por el Sur o por el Norte de la Lorena. Sin embargo, en el estado de abandono en que nos encontrábamos, privados de todo medio de transporte y sin ninguna esperanza de poderle poseer, era preciso mirarse mucho antes de decidirse a dar tanto rodeo.

Esta proposición había sido discutida entró M. de Lauranay, M. Juan y yo, y después de haber examinado su pro y su contra, me pareció que estuvimos acertados al rechazarla.

Eran las ocho de la noche, en el momento en que llegábamos a la frontera. Delante de nosotros se extendían grandes bosques, a través de los cuales no convenía aventurarse durante la noche.

Hicimos, pues, alto para reposar basta la mañana siguiente. En aquellas elevadas mesetas, si no llueve hasta los principios de Septiembre, no deja el frío de molestar con sus rigores.

En cuanto a encender fuego, hubiera sido cosa demasiado imprudente para fugitivos que desean pasar desapercibidos. Nos colocamos, pues, de la mejor minera posible bajo las ramas de una haya. Las provisiones, que yo había sacado del carricoche, pan, carne fiambre y queso, fueron instaladas sobre nuestras rodillas. Un arroyo nos dio agua clara, i la cual mezclamos algunas gotas de aguardiente. Después, dejando a M. de Lauranay, Mad. Keller Mlle.. Marta y mi hermana reposar durante algunas horas, M. Juan y yo fuimos a colocarnos diez pasos más allá.

M Juan, absorto por completo, no habló nada el principio, y yo me proponía respetar su silencio, cuando de repente me dijo:

- Escuchadme, mi querido Natalis, y no olvidéis jamás lo que voy a deciros. No sabemos lo que nos puedo suceder, a mí sobre todo. Puedo verme obligado a huir, en cuyo caso es preciso que mi madre no se separe de vosotros. La pobre mujer tiene agotadas sus fuerzas por completo, y si yo me veo obligado a dejaros, me es imposible asentir en que ella me siga. Bien veis en qué situación se halla, a pesar de su energía y de su valor. Yo os la confío, pues, Natalis, como os confío también a Marta; es decir, ¡todo lo que tengo de más querido en el mundo!

-Contad conmigo, M. Juan (respondí yo). Espero que no tendremos necesidad de separarnos; sin embargo, si esto sucediese, yo haría todo lo que podéis esperar de un hombre que os está consagrado por completo.

M Juan me estrechó la mano.

-Natalis (me dijo): si llegan a apoderarse de mi, no tengo que dudar mucho sobre mi suerte; bien pronto estará arreglada. Acordaos entonces que mi madre no debe volver a Prusia jamás. Francesa era antes de su casamiento; no existiendo ya su marido ni su hijo, justo es que concluya su vida en el país que la vio nacer.

-¿Que era francesa decís, M. Juan? Decid mejor que lo es siempre, y que no ha cesado jamás de serio a nuestros ojos.

-Sea, Natalis. Vos la conduciréis a vuestra provincia de Picardía, que yo no he visto nunca, y que desearía tanto ver. Esperemos que mi madre, ya que no la felicidad, encontrará al menos en sus últimos días el reposo que tiene tan merecido. ¡Cuánto debe haber sufrido la pobre mujer! ¿Y él,
M. Juan, no había tenido también una gran parte en estos sufrimientos?

-¡Ah, qué país! (añadió.) Si hubiéramos podido retirarnos juntos de él, Marta siendo mi esposa, viviendo cerca de mi madre y de mí, ¡qué existencia hubiéramos tenido y cuán pronto hubiéramos olvidado nuestros penas ¡¡Pero qué loco soy; yo, un fugitivo, un condenado, a quien la muerte puede herir a cada momento!

-¡Minuto, M. Juan! No habléis así; todavía no os han cogido, y mucho me engañaría yo si vos fuerais hombre que os dejarais prender.

- ¡No, Natalis¡ ¡Ciertamente que no! Lucharé hasta el último extremo; no lo dudéis.

-¡Y yo os ayudaré, M. Juan!

- Ya lo sé, amigo mío; permitidme que os abrace. ¡Es la primera vez que puedo abrazar un francés en tierra de Francia.

-No será la última- respondí yo.

Sí; el fondo de confianza que en mi existía, no había disminuido, a pesar de tantas pruebas. No sin razón pasaba yo en Grattepanche por uno de los más tenaces y más cabezones de toda la Picardía.

Entretanto, la noche avanzaba. Primero uno, y luego otro, tanto M. Juan como yo, descansamos algunas horas. La noche estaba tan obscura y tan negra, sobra todo bajo los árboles, que el diablo no reconocería a su hermano menor. Pero no debía andar lejos este diablo, con todas sus trampas y engaños, pues todavía no se había cansado de hacer miserias y causar disgusto a aquella pobre gente.

Mientras que yo estaba en vela, escuchaba con atención y con el oído atento. El menor ruido me parecía sospechoso. Había mucho que temer en medio de aquellos bosques; si no de los soldados del ejército regular, al menos de los merodeadores que le seguían. Ya habíamos tenido ocasión da -experimentarlo en el asunto de los Buch, padre e hijos.

Por desgracia, dos de estos Buch se nos habían escapado. Con razón temíamos que su primer cuidado sería el de volvernos a sorprender, llevando, para que les ayudasen en su empresa y conseguir mejor su objeto, algunos bandidos de su especie, a condición de repartir la prima de los mil florines.

Si; yo pensaba en todo esto, y tales pensamientos me tenían completamente desvelado. Pensaba, además, que, en el caso de que el regimiento de Lieb hubiera salido de Francfort veinticuatro horas después de nosotros, debía ya haber pasado la frontera. ¿Estaría acaso, como era muy posible, próximo a nosotros en el mismo bosque de Argonne?

Estas aprensiones eran indudablemente exageradas; cosa que sucede siempre, cuando el cerebro se encuentra demasiado excitado. En ¡al situación me hallaba yo precisamente. Se me figuraba oír pasos bajo los árboles; me parecía ver algunas sombras deslizarse o través de la espesura. No hay necesidad de recordar que si M. Juan estaba armado con una de nuestras pistolas, yo tenía la otra en mi cinto; y ambos a dos estábamos bien resueltos a no dejar que nadie se nos aproximara.

En resumen.: aquella noche se pasó sin alarmas. Verdad es que varias veces escuchamos los lejanos toques de las cornetas, y aun el redoblar de los tambores, que al amanecer tocaban diana. Estos ruidos se escuchaban generalmente hacia el Sur, lo que indicaba que las tropas se acantonaban por aquel lado.

Muy probablemente serían aquellas columnas austríacas que esperaban el momento de dirigí se a Thionville y aun a Montmédy, más al Norte.

Según supimos después la intención de los aliados no había sido nunca el tomar dichas plazas, sino el rodearlos, inutilizando de este modo a sus guarniciones, a fin de poder lanzarse luego sin obstáculos a través del territorio de los Ardennes.

Corríamos, pues, el peligro de haber encontrado a cualquiera de estas tropas, y hubiéramos sido verdaderamente barridos.

A decir verdad, la diferencia de caer en manos austríacas o prusianas era nula. Tan bárbaros, indudablemente, hubieran sido los unos como los otros.

Tomamos, pues, la resolución de subir un poco más al Norte, por el lado de Stenay, y aun de Sedán, de manera que pudiéramos penetrar en el Argonne, evitando de este modo los caminos que indudablemente seguirían los ejércitos imperiales.

Desde el momento que fue de día nos pusimos en marcha.

El tiempo estaba hermoso. Se escuchaban lo gorjeos de los pájaros, y después, en los limite de las praderas, el canto de las cigarras, signo evidente de calor. Más lejos las alondras, lanzan de sus agudos gritos, se remontaban rectas por el aire.

Caminábamos todo lo de prisa que permitía la debilidad de Mad. Keller. Bajo el follaje espeso de los árboles, el sol no podía molestarnos. Cada dos horas reposábamos un poco. Lo que me inquietaba a todas horas era que nuestras provisiones tocaban a su fin. ¿Cómo reemplazarlas después?

Conforme habíamos convenido, marcábamos nuestra dirección un poco más hacia el Norte, lejos de las poblaciones y de los caseríos, que el enemigo debía ocupar ciertamente.

El día no fue señalado por ningún incidente notable; pero, en cambio, el trayecto recorrido en línea recta debía haber sido mediano. Al caer la tarde, la pobre Mad. Keller, más que andar, lo que hacía era arrastrarse. Esta señora, a quien yo había conocido en Belzingen recta como un fresno, marchaba ahora encorvada, doblándose sus piernas a cada paso, y yo veía próximo el instante en que ya no podría dar un paso mas.

Durante la noche, las lejanas detonaciones se escuchando sin interrupción. Era indudablemente la artillería que funcionaba del lado de Verdun.

El país que atravesábamos está formado por bosques poco extensos y por llanuras regadas por numerosas corrientes de agua. No son más que arroyuelos en la estación seca, y, por consiguiente, se podían atravesar con facilidad.

Siempre que nos era posible, caminábamos el abrigo de los árboles, a fin de no ser tan fácilmente descubiertos.

Cuatro días antes, el 2 de Septiembre, según supimos más tarde, Verdun, tan heroicamente defendido por el intrépido Beaurepaire, que se suicidó antes que rendirse, había abierto sus puertas a cincuenta mil prusianos.

La ocupación de la ciudad iba a permitir a los aliados inmovilizarse durante algunos días en las llanuras del Mosa; Brunswick había de contentarse con tomar a Stenny, en. tanto que Dumouriez, ¡bribón!, preparando en secreto su plan de resistencia, permanecía encerrado en Sedán.

Volviendo a lo que a nosotros nos concierne, lo que ignorábamos era que el 30 de Agosto, hacia ya ocho días de esto, Dillon se había escurrido con ocho mil hombres entra el Argonne y el Mosa.

Después de haber rechazado basta el otro lado del río a Clairfayt y a los austríacos que ocupaban entonces las dos orillas, avanzaba rápidamente, con intención de ocupar el paso mis al Sur del bosque.

Si nosotros lo hubiéramos sabido, en vez de alargar nuestro camino dirigiéndonos hacia el Norte, hubiéramos ido rectamente hacia aquel paso. Allí, en medio de soldados franceses, nuestra salvación estaba asegurada.

¡Sí! Pero nada ni nadie podía advertirnos de estas maniobras, y, según parece, era destino nuestro el que hubiésemos de soportar. todavía grandes fatigas.

Al día siguiente, 7 de Setiembre, habíamos agotado todas nuestras provisiones. Costara lo que costara, era preciso procurárnoslas. Cuando llegó la noche, divisamos una casa aislada, a la orilla de una laguna y en los límites de un pequeño bosque, a cuya

puerta se veía un antiguo pozo. No había un momento que perder. Llamé a la puerta, abrieron, y entramos. Me apresuro a decir que estábamos en casa de unos honrados aldeanos.

Lo primero que nos dijeron fue que si los prusianos permanecían inmóviles en sus acantonamientos, se esperaba a los austríacos, por aquel lado.

En cuanto a los franceses, corría el rumor de que Dumouriez había salido por fin de Sedán detrás de Dillon, y que descendía por entre el Argonne y el Mosa a fin de arrojar a Brunswick más allá de la frontera.

Aquello era un error, como se verá bien pronto; error que afortunadamente no debía causar. nos ningún perjuicio.

Después de decirnos esto, la hospitalidad que nos ofrecieron aquellos aldeanos fue tan completa como era posible, dadas las deplorables circunstancias en que se encontraban. Un buen fuego, lo que llamamos nosotros un fuego de batalla, se encendió en el atrio, y allí mismo hicimos una buena comida con huevos y salchichas, una buena sopa de pan de centeno, algunas galletas anisadas, que en Lorena se llaman kisch, y manzanas verdes, todo bien rociado con vino blanco del Mosela. También sacamos de allí provisiones para algunos días, y no olvidé el tabaco, que ya comenzaba a faltarme.

A M. de Lauranay lo costó mucho trabajo el hacer que aquellas buenas gentes aceptaran lo que se les debía de justicia. Todo esto daba a Juan Keller, por adelantado, una buena idea de los franceses. En una palabra: después de una noche de reposo, partimos al día siguiente al amanecer.

Parecía verdaderamente que la naturaleza había acumulado la dificultades por aquel camino, pues todo en él eran accidentes del terreno espesuras impenetrables, pantanos en los cuales se corría peligro de hundirse hasta la mitad del cuerpo.

Por otra parte, no se veía ningún sendero que se pudiese seguir con pie seguro. Todo se volvía espesos matorrales, como los que yo había visto en el Nuevo Mundo, antes que el hacha del zapador hiciese su obra solamente en ciertos agujeros de los árboles, que formaban nichos, se veían pequeñas estatuas de la Virgen y de los Santos. Apenas si, de tiempo en tiempo, encontrábamos algunos pastores, cabreros o leñadores con sus zanjones de pellejo, o porqueros conduciendo sus cerdos al pasto. Todos ellos, desde el momento que nos divisaban, se apresuraban a esconderse entre la arboleda, y pudimos darnos por muy contentos de que dos de ellos se dignaran darnos el fin algunas señales del camino.

Se escuchaba también un fuego graneado de fusilaría, lo cual indicaba que se batían en las avanzadas.

Sin embargo, adelantamos mucho hacía Stenay, a pesar de que los obstáculos eran tan grandes y las fatigas tales, que apenas recorríamos dos leguas por día.

Lo mismo sucedió durante los días 9, 10 y 11 de Septiembre. Pero si por un lado el territorio era difícil, ofrecía por otro, en cambio, una completa seguridad.

No tuvimos en todo él ningún mal encuentro. No había que temer el terrible Ver dá! (¿quién vive?) de los prusianos.

Nuestra esperanza, al tomar esta dirección, había sido reunirnos al cuerpo de ejército de Dumouriez.

Pero lo que nosotros no podíamos saber aún, en que ya se había corrido mas al Sur, a fin de ocupar el desfiladero de Grand-Pré, en el bosque del Argonne.

Como he dicho entes, de tiempo en tiempo llegaban hasta nosotros. las detonaciones de las descargas. Cuando los sentíamos demasiados cerca, hacíamos alto. Evidentemente, sobre los bordes del Mosa no había entonces empeñada ninguna batalla. Eran simples ataques a los caseríos o a las aldeas; lo cual se adivinaba por las grandes

humaredas, que se elevaban a veces por encima de los árboles, y por los lejanos resplandores de los incendios, que iluminaban el bosque durante la obscuridad.

En fin: en la noche del 11 de Septiembre tornamos la resolución de interrumpir nuestra marcha hacia Stenay, a fin de internarnos resueltamente en el Argonne.

Al día siguiente este proyecto fue puesto en ejecución. Nos arrastrábamos todos, sosteniéndonos los unos a los otros. La vista de aquellas pobres mujeres tan valerosas, en aquellos momentos con una fisonomía quo inspiraba compasión, demacrada y plomiza, con los vestidos hechos jirones a fuerza de pasar a través de los setos y de las espesuras, marchando como a remolque, en fin, reducidas a nada, por la continuidad de las fatigas; todo esto nos hería el alma.

Hacia el mediodía llegamos a un sitio en que, terminando el bosque, dejaba al descubierto una vasta extensión de terreno.

Allí, recientemente, había habido un combate. Cuerpos muertos yacían por el suelo. Yo reconocí aquellos muertos, con su uniforme azul con vueltas rojas y polainas blancas, con sus cartucheras colgadas en cruz: tan diferentes de los prusianos, con sus trajes azul de cielo o de los austríacos, vestidos con uniformes blancos, y cubierta la cabeza con sombreros puntiagudos.

Eran franceses, voluntarios. habían debido ser sorprendidos por alguna columna del cuerpo de Clairfayt o de Brunswick. Pero, a Dios gracias, no habían sucumbido sin defenderse. Un buen número de alemanes estaban también tendidos cerca de ellos, así como de prusianos, con sus schakós de cuero con cadenetas.

Yo me aproximé, y miraba aquella multitud de cadáveres con horror, pues jamás he podido habituarme a la vista de un campo de batalla.

De repente arrojé un grito. M. de Lauranay, Mad. Keller y su hijo, Mele. Marta y mi hermana, detenidos en el limite de la arboleda, a cincuenta pasos detrás de mí, me miraban, no atreviéndose a llegar hasta el centro de la explanada.

M. Juan corrió en seguida.

-¿Qué hay, Natalis?

¡Ah! ¡Cuánto sentía yo no haber podido dominarme! Hubiera querido alejar a M. Juan; pero era tarde. En un instante había comprendido por qué había yo arrojado aquel grito.

Un cuerpo que yacía a mis pies, M. Juan no tuvo necesidad de mirar largo tiempo para reconocerle. Y entonces, con los brazos cruzados, sacudiendo la cabeza, dijo: .

-Que mi madre y Marta ignoren....

Pero Mad. Keller acababa de llegar hasta nosotros, y vio lo que hubiéramos querido ocultarla: el cuerpo de un soldado prusiano; de un feldwedel, del regimiento de Lieb, tendido sobra el suelo en medio de una treintena de sus camaradas. ¡Así, no hacía veinticuatro, este regimiento había pasado por aquel sitio, y en aquellos momentos recorría el país alrededor de nosotros! Nunca el peligro había sido tan grande para Juan Keller. Si tenía la desgracia de ser preso, su identidad sería inmediatamente comprobada y su ejecución no se haría esperar. ¡Vamos! Era preciso escapar cuanto antes, lo más de prisa posible, de aquel territorio tan peligroso para él. Era preciso internarse en lo más espeso de la selva de Argonne, en la cual no podría penetrar una columna en marcha. Aunque nos viésemos obligados a ocultarnos durante varios días, no había duda posible. Aquella era nuestra última probabilidad de salvación, y la pusimos en planta.

Se caminó durante todo el resto del día; anduvimos toda la noche; caminamos...., ¡no ¡, nos arrastramos durante el día siguiente; y el 13, hacia el anochecer, llegamos a los límites de aquel célebre bosque del Argonne, donde Dumouriez había dicho: ¡Estas son las Termópilas de Francia, pero yo seré más feliz que Leónidas ¡

Dumouriez debía serio, en efecto. Allí fue, y con aquel motivo, donde millares de ignorantes como yo supieron lo que era Leónidas y las Termópilas.

XX

El bosque del Argonne ocupa un espacio de trece a catorce leguas de extensión, desde Sedán, que está al Norte, hasta la pequeña aldea de Pas-savant, que se encuentra al Sur. Su anchura media es de unas dos a tres leguas. Allí está situado como una avanzada, que cubre nuestra frontera del Este con su línea de macizos casi impenetrables. Las maderas y las aguas se mezclan y confunden allí, en una confusión extraordinaria, en medio de los altos y bajos del terreno, entra torrentes y estanques, que a una columna la sería imposible seguramente franquear.

Este bosque está comprendido entre dos ríos. El Aisne le bordea por todo su lado izquierdo, desde los primeros arbustos del Sur hasta la aldea de Semuy, al Norte. El Aire le costea también a partir de Fleury, hasta su principal desfiladero. Desde allí, este río se vuelve por medio de un recodo brusco, y se dirige hacia el Aisne, en el cual se arroja no lejos de Senuc.

Del lado del Aire, las principales poblaciones son Clermont, Varennes, donde Luís XVI fue detenido en su huida, Buzancy y Le Cháne Populeux;del lado M. Aisne, Saint-Menehould, Ville-sur-Tourbe, Monthois y Vouziers.

Por su forma, a nada podría compararse mejor este bosque que a un gran insecto con las alas plegadas inmóvil o dormido entre dos corrientes de agua. Su abdomen es toda la parte interior, que es la más importante. Su busto y su cabeza están figurados por la parta superior, que se dibuja por encima del, desfiladero del Grand-Pré a través del cual corra el Aire, de cuyo curso he hablado antes.

Aunque en casi toda su extensión, el Argonne está cortado por aguas corrientes y erizado de espesos arbustos y matorrales, se puede, sin embargo, atravesarle por diferentes pasos, estrechos sin duda, pero practicables aun para regimientos enteros.

Es conveniente que los indique aquí, a fin de hacer comprender mejor cómo han pasado las cosas.

Cinco desfiladeros atraviesan el Argonne de parte a parte. En el abdomen de mi insecto, el que está más al Sur, llamado de las sietas, ya de Clermont a Saint-Menehould, bastante directamente.

El otro, el llamado de la Chalade, no es más que una especie de senda que llega hasta el curso del Aisne, cerca de Vienne-le-Chateau.

En la parte superior del bosque no se cuentan menos de tras pasos. El más ancho y más importante, el que separa el busto del abdomen, es el desfiladero del Grand-Pré.

El Aire la recorre todo entero, desde Saint-Juvin; corre entre Termes y Senue, y después se arroja en el Aisne a legua y media de Monthois. Por encima del desfiladero del Grand-Pré, a dos leguas poco más o menos, el desfiladero de la Cruz del Bosque (retened bien este nombre) atraviesa el bosque del Argonne, desde Boultaux-Bois, hasta Longwe, y no es más que un camino de leñadores.

En fin, dos leguas más arriba, el desfiladero de Chéue-Populaux, por donde pasa el camino de Rethel a Sedán, después de haber dado dos rodeos, llega hasta el Aisas, enfrente de Vouziers.

Por consiguiente, sólo por este bosque podían los imperiales avanzar hacia Chatons-sur-Marne. Desde allí, encontrarían ya el camino abierto hasta París.

En vista de esto, lo que había que hacer era impedir a Brunswick y a Clairfayt que franquearan el Argonne, cerrándoles cuanto antes los cinco desfiladeros que podían dar paso a sus columnas.

Dumouriez, militar muy hábil, había comprendido esto el primer golpe de vista. Parecía que esto era cosa muy sencilla; sin embargo, era preciso pensarlo bien, mucho más cuando era posible que a los coligados no se les hubiese ocurrido siquiera la idea de ocupar aquéllos pasos.

Otra ventaja que ofrecía este plan era la de no retroceder hasta el Marino, que es nuestra último línea de defensa antes de llegar a París. Al mismo tiempo, los coligados se verían en la necesidad de detenerse en el territorio de Champagne-Pouille, donde carecerían de todo recurso, en vez de extenderse por aquellas ricas llanuras situadas al otro lado del Argonne, para pasar allí el invierno, si les convenía invernar.

Este plan fue, pues, estudiado en todos sus detalles, y, - lo que ya era un comienzo de ejecución,el 30 de Agosto, Dillon, a la cabeza de ocho mil hombres, había llevado a cabo un movimiento audaz, durante el cual, los austríacos, corno antes he dicho, fueron rechazados hasta la ribera derecha del Mosa. Después, esta columna había venido a ocupar el desfiladero situado más al Sur, el de las isletas, habiendo tenido antes la precaución de guardar el paso de la Charlade.

En efecto: el movimiento no carecía de cierta audacia. En vez de hacerse del lado del Aisne apoyándose en los macizos del bosque, había sido practicado del lado del Mosa, presentando el flanco al enemigo. Pero Dumouriez lo había querido así, a fin de ocultar mejor sus proyectos a los coligados.

Su plan habría de tener buen éxito.

El día 4 de Septiembre llego Dillon al desfiladero de las isletas.

Dumouriez, que había salido después que Dillon con quince mil hombres, se había apoderado del Grand-Pré, un poco antes, cerrando así el paso principal del Argonne.

Cuatro días después, el 7, el general Dubourg se dirigía a Chene-Populeux, con objeto de defender el Norte del bosque contra cualquiera invasión de los imperiales.

En seguida se ocuparon unos y otros en levantar parapetos, abrir trincheras, interceptar con empalizadas los senderos, y establecer baterías para cerrar más seguramente los pasos.

El del Grand-Pré se convirtió en un verdadero campamento, con sus tropas repartidas por el anfiteatro que formaban aquellas alturas, y cuya cabeza estaba formada por el Aire.

En aquel momento, de las cinco entradas del Argonne, cuatro estaban interceptadas, como poternas de ciudadela, con su rastrillo echado y su puente levadizo levantado.

Sin embargo, quedaba un quinto paso entreabierto todavía. Este había parecido tan poco practicable, que Dumouriez no se había apresurado a ocuparle. Y yo añado que fue precisamente hacia este paso adonde nos condujo nuestra mala fortuna. En efecto: el desfiladero de la Cruz del Bosque, situado entre el Chéne-Populoux y el Grand-Pré, a igual distancia de uno que da otro, unas diez leguas próximamente, iba a permitir a las columnas enemigas penetrar a través del Argonne.

Y dicho esto, vuelvo a ocuparme de lo que a nosotros nos concierne.

El 13 de Septiembre por la noche llegamos a la pendiente lateral del Argonne, después de haber evitado el atravesar las aldeas de Briquenay y de Bouli-aux-Bois, que debían estar ocupadas por los austríacos. .

Como yo conocía los desfiladeros del Argonne, por haberlos recorrido varias veces cuando estaba de guarnición en el Este, había precisamente escogido el da la Cruz del Bosque, que me parecía ofrecer varias ventajas. Para mayor seguridad, por un exceso de prudencia, no era este tampoco el camino que yo pensaba seguir, sino un estrecho sendero que se aproxima a él y que va de Briquenay a Longwe. Tomando esta especie de vereda, atravesaríamos el Argonne por uno de sus sitios de mayor espesor, al abrigo de las encínas, de las hayas, de los álamos blancos, de los sauces -y de los castaños que

crecen en aquellos sitios del bosque, menos expuestos a las heladas del invierno. De aquí una garantía de que no encontraríamos a los merodeadores y vagabundos, y de alcanzar al fin la orilla izquierda del Aisne, del lado de Vouziers, donde ya no tendríamos nada que temer.

La noche del 13 al 14 la pasamos, como de costumbre, bajo las ramas de los árboles.

A cada momento podía aparecer el colback de un lancero, o el schakó de un granadero prusiano. Por esta razón, era grande mi deseo de legar al fondo del bosque, y ya comenzaba a respirar mas a mi gusto, cuando al día siguiente remontamos el sendero que conduce a Longwe, dejando a nuestra derecha la aldea de la Cruz del Bosque.

Esta jornada fue en extremo penosa. El suelo, montuoso, cortado a trechos por barrancos, interceptado por árboles muertos, hacía las marchas excesivamente duras.

Por lo mismo que el camino no era frecuentado, ofrecía indudablemente mayores dificultades. M. de Lauranay marchaba con un paso bastante rápido, a pesar de las grandes fatigas que había sufrido, que eran mayores para un hombre de su edad. Mlle. de Lauranay y mi hermana, con el pensamiento de que aquellas eran ya las últimas jornadas, marchaban bien resueltas a no desfallecer ni un solo instante. Pero Mad. Keller estaba ya en la última extremidad. Era preciso sostenerla, sin lo cual hubiera caído al suelo a cada paso.

Sin embargo, no exhalaba una sola queja: si su cuerpo estaba cansado, el alma permanecía fuerte. Yo dudaba, no obstante, que a la pobre señora la fuese posible llegar al término de nuestro viaje.

Llegada la noche, se organizó el descanso como de ordinario. El saco de las provisiones suministró lo necesario para reconfortarnos suficientemente, pues el hambre cedía siempre ante la necesidad de reposar y de dormir.

Cuando me encontré solo con M. Juan, le hablé del estado de su madre, que se hacía más inquietante a cada momento.

-Hace todos los esfuerzos posibles por seguir (le dije); pero si no podemos darle algunos días de reposo....

-Bien lo veo, Natalis (respondió tristemente M. Juan). a cada paso que da mi pobre madre es como si marchara sobre mi corazón. ¿Qué hacer?

-Es preciso llega cuanto antes a la aldea más próxima, M. Juan. Entre vos y yo la llevaremos. Ni los austríacos ni los prusianos se atreverán seguramente a marchar a través de esta parte del Argonne, y allí, en alguna casa, podremos esperar mejor a que el país está un poco más tranquilo.

- Sí, Natalis; ese es el partido más prudente que podemos tomar. ¿Pero no podremos llegar hasta Longwe?

- Esa población está todavía muy lejos, M. Juan; vuestra madre no podrá llegar hasta allí.

-¿Dónde ir entonces?

-Yo os propondría que marcháramos por la
derecha, a través de los matorrales, para llegar a cualquier aldea, aunque fuese la de la Cruz del Bosque.

- ¿A qué distancia está?

-a una legua todo lo más.

Entonces vamos a la Cruz del Bosque. Mañana, el romper el día, emprenderemos de nuevo la marcha.

Francamente: yo no imaginaba que se pudiese hacer otra cosa mejor, estando, como estaba, en la persuasión de que el enemigo no se aventuraría por el Norte del Argonne.

Sin embargo, el reposo de aquella noche fue particularmente turbado por el fuego graneado de los fusiles, y de tiempo en tiempo por el sordo estampido del cañón. No

obstante; como estas detonaciones estaban todavía bastante lejanas, y sonaban muy detrás de nosotros, suponía yo, con alguna apariencia de razón, que Clairfayt o Brunswick trataban de forzar el desfiladero del Grand-Pré, el solo que pudiese ofrecer una vía bastante ancha y mejor para el paso de sus columnas.

M. Juan y yo no pudimos tener ni una hora de descanso. fue preciso estar constantemente de centinela, a pesar de que estábamos internados en lo más espeso del bosque, y además completamente fuera del sendero que conduce a Briquenay.

Al día siguiente, apenas empezó a clarear, nos pusimos en marcha. Yo había cortado algunas ramas de árbol, con las cuales pudimos hacer una especie de litera; un montón de hierbas secas colocado encima permitiría a Mad. Keller tenderse en ella, y con algunas precauciones, quizá llegáramos a conseguir ahorrarle algunas de las molestias del camino.

Pero Mad. Keller comprendió el exceso de fatiga que esto había de causarnos.

- No dijo; no, hijo mio; aún tengo fuerzas para caminar, ¡iré a pie!

- No puedes, madre mía; convéncete de ello, dijo M. Juan.

- En efecto, Mad. Keller (añadí yo), no podéis. Nuestro designio es llegar lo más pronto posible a la aldea más próxima, y nos importa mucho llegar cuanto antes. Allí esperaremos que estéis restablecida. Después de todo, estamos ya en Francia, y ni una puerta permanecerá cerrada a nuestro llamamiento.

Mad. Keller no se rindió, sin embargo. Después de haberse levantado, intentó dar algunos pisos, y hubiese caído al suelo, si su hijo y mi hermana no hubiesen estado a su lado para sostenerla.

-Mad. Keller (le dije yo entonces): lo que nosotros queremos es la salvación de todos. Durante la noche, repetidos disparos han sonado en la linde del bosque del Argonne. El enemigo no está lejos; tengo la esperanza de que no intentará nada por este lado. En la Cruz del Bosque ya no tendremos temor ninguno de ser sorprendidos; pero es preciso llegar allí hoy mismo a toda costa.

Mlle. Marta y mi hermana unieron sus ruegos., a los nuestros. M. de Lauranay intervino también, y Mad. Keller acabó por ceder a. nuestras súplicas.

Un instante después. Mad. Keller estaba tendida en aquella especie de palanquin, que M. Juan sostenía por una extremidad y yo por ¡,a otra. Nos pusimos en marcha, y el sendero de Briquenay fue atravesado oblicuamente en dirección del Norte.

No insistiré más en las dificultades de aquella marcha a través de los espesos matorrales; la necesidad de buscar entre los arbustos pasos practicables; las parada frecuentes que fue preciso. hacer. Salimos al fin de aquellas espesuras, y hacia el mediodía del 15 de Septiembre llegamos a la Cruz del Bosque, después de emplear cinco penosísimas horas en recorrer legua y media.

Con gran admiración mía, y con gran disgusto de todos, la aldea estaba abandonada. Todos los habitantes habían huido de allí, unos hacia Vouziers, otros hacia Chene-Populeux. ¿Qué pasaba, pues?

Anduvimos vagando por las calles encontrando todas las puertas y ventanas corridas; por consiguiente, los recursos con que yo creía contar iban a faltarnos por completo.

- De allí creo que sale humo, - dijo mi hermana, señalando hacia la extremidad de la población.

Yo corrí precipitadamente hacia la casilla de donde salía el humo, y llamó a la puerta. Un hombre apareció.

Tenía una cara agradable, una de esas caras de aldeano lorenés que inspiran simpatías. Debía ser un hombre honrado.

- ¿Qué queréis?- me dijo.

- Que nos hagáis el favor de prestarnos albergue a mis compañeros y a mi.
-¿Y quiénes sois?
-Franceses arrojados de Alemania, que no saben dónde guarecerse.
-¡Entrad!
Aquel aldeano se llamaba Hans Stenger, y habitaba aquella casa con su mujer y su suegra. El no haber abandonado la aldea de la Cruz del Bosque se debía a que su suegra no podía moverse del sillón en que la tenía postrada la parálisis desde hacía muchos años.
Entonces Hans Stenger nos hizo saber por qué había sido abandonada la población. Todos los desfiladeros del Argonne habían sido ocupados por las tropas francesas. Sólo el de la Cruz del Bosque estaba abierto, por lo cual se esperaba que los imperiales se apresurasen a ocuparte, lo cual indudablemente sería precursor de grandes desastres.
Corno se ve, nuestra mala fortuna nos había conducido precisamente allí donde no debíamos ir de ninguna manera.
En cuanto a salir de la Cruz del Bosque y arrojarnos de nuevo a través de las espesuras del Argonne, el estado de Mad. Keller nos lo impedía. Aún podíamos darnos por contentos de haber caído en manos de franceses tan bondadosos como los Stenger.
Dan unos campesinos bastante bien acomodado; y parecían muy contentos de poder prestar un servicio a sus compatriotas que se encontraban en tan mala situación.
No hay que decir que nosotros habíamos ocultado cuidadosamente la nacionalidad de Juan Keller, lo cual hubiera complicado la situación. Sin embargo, el día 15 de Septiembre terminó sin sobresalto ninguno. El 16 no justificó tampoco los temores que Hans Stenger nos había hecho concebir., ni siquiera durante la noche habíamos escuchado ninguna detonación que viniera del Argonne. Acaso los aliados ignoraban que el desfiladero de la Cruz del Bosque estuviese libre. En todo caso, como lo estrecho de dicho paso podría ser un obstáculo a la marcha de una columna con sus cajones y sus equipajes, las tropas deberían procurar forzar el paso del Grand-Pré o de las isletas.
Este pensamiento nos había hecho recobrar alguna esperanza. Por otra parte, el reposo y los cuidados habían producido una sensible mejoría en el estado de Mad. Keller. ¡Qué valerosa mujer! Lo que lo faltaba era la fuerza física, no la energía moral.
Pero i q irá suerte tan porra! Al amanecer del 16, cuando más tranquilos nos hallábamos, empezaron a dejarse ver en la población algunas figuras sospechosas. Se presentaban como tratantes de gallinas que recorren los pueblos registrando los gallineros. No había duda alguna de que entre ellos había muchos bribones, y desde luego se veía que pertenecían a la raza alemana, y que la mayor parte de ellos hacían el oficio de espías.
Con gran susto de nuestra parte Juan se vio obligado a ocultarse, por temor de ser reconocido.
Como este hecho debía parecer muy extraño a la familia Stenger, yo estaba decidido a decirlo todo, cuando a eso de las cinco de la tarde, Hans entró gritando:
-¡Los austríacos¡ ¡Los austríacos¡ ¡Que llegan los austríacos!
En efecto: varios millares de hombres con chaquetillas blancas y schakós con alta placa y águila de dos cabezas, kaiserlicks, llegaban por el desfiladero de la Cruz del Bosque, después de haberle huido desde la aldea de Boult. Sin duda los espías les habían hecho saber que el camino estaba libre. ¡Quién sabe si toda la invasión no se verificaría por allí!
Al grito arrojado por Hans Stenger, M. Juan había reaparecido en la habitación en que su madre estaba acostada.

Parece que todavía la estoy viendo. Estaba en pie delante de la puerta. Esperaba.... ¿Qué esperaba? Acaso que todas las salidas le fuesen cerradas, y que cayera prisionero de los austríacos, en cuyo caso los prusianos no tardarían seguramente en reclamarle, lo cual era para él la muerte.

Mad. Keller se irguió sobre su lecho, exclamando:

-¡Juan! ¡Huye, querido hijo mío; huye al instante!

-¡Sin ti, madre mía!

-Yo te lo mando.

-Huid, Juan (dijo Mlle.. Marta). Vuestra madre es la mía, y nosotros no la abandonaremos.

-¡Marta!

-Yo también lo quiero.

Ante estas dos voluntades, no había más remedio que obedecer. El ruido aumentaba por momentos. La cabeza de la columna se esparcía ya por las calles de la población. Bien pronto los austríacos llegarían a ocupar la casa de Hans Stenger.

M. Juan abrazó a su madre, dio un último beso a Mlle. Marta, y desapareció.

Entonces oí a Mad. Keller pronunciar esta palabras:

-¡Pobre hijo mío! ¡Sólo, a través de este país que no conoce! ¡Natalis!....

- ¡Natalis! - repitió Mlle.. Marta, señalándome la puerta.

Yo había comprendido lo que aquellas dos pobres mujeres deseaban de mí.

- ¡Adiós! - exclamó.

Un instante después, yo también estaba fuera de la población.

XXI

¡Separados, después de tres semanas de un penoso viaje que, con un poco más de suerte, nos hubiera conducido a buen fin!

Separados, cuando algunas leguas más adelante teníamos todos la salvación asegurada. ¡Separados, con el temor de no volvernos a ver jamás! Y luego, ¡aquellas mujeres, abandonadas en la casa de un aldeano, en medio de una población ocupada por el enemigo, no teniendo por defensor más que a un anciano de setenta años! Verdaderamente, yo creo que hubiera debido permanecer a su lado; pero no pensando más que en el fugitivo a través del temible bosque del Argonne, que no conocía, ¿podía dudar en reunirme a M. Juan, a quien podía ser tan útil?

En cuanto a M. de Lauranay y sus compañeras, estos no tenían que temer más que por su libertad, al menos yo así lo esperaba; pero M. Juan estaba expuesto a perder la vida. Este solo pensamiento hubiera bastado para detenerme, si hubiese tenido la tentación de volver a la Cruz del Bosque.

Veamos ahora qué era lo que había pasado, y por qué aquella población había sido invadida el día
16.

Su recordará que de los cinco desfiladeros del bosque del Argonne, uno solo, el de la Cruz del Bosque, había quedado sin ocupar por los franceses. Sin embargo, a fin. de estar prevenido contra toda sorpresa, Dumouriez había enviado a la desembocadura de este paso, por la parte de Longwe, un coronel con dos escuadrones y dos batallones. Esto sucedía a bastante distancia de la Cruz del Bosque para que Hans Stenger hubiera tenido conocimiento de este hecho. Por otra parte, tal era la convicción de que los imperiales no se aventurarían a pasar a través de este desfiladero, que no se tomó ninguna aldea para defenderle No se hicieron ni fosos, ni trincheras, ni empalizadas.; y, hasta persuadido de que nada amenazaba. el Argonne por aquella parte, el coronel solicitó volver a enviar una parte de sus tropas al cuartel general, lo cual le fue concedido en seguida.

Entonces fue cuando los austríacos, mejor informados, enviaron a reconocer el paso. Consecuencia de esto fue aquella visita de un sinnúmero de espías alemanes que aparecieron en la Cruz del Bosque, y después la ocupación del desfiladero. Y ved aquí cómo, por consecuencia de un falso cálculo, una de las puertas del Argonne quedaba abierta a los ejércitos extranjeros para entrar en Francia.

En el momento que Brunswick tuvo noticia de que el paso de la Cruz del Bosque había quedado libre, dio orden de ocuparlo; y esto sucedió precisamente en el momento en que, hallándose muy apurado para desembocar en las llanuras de la Champagne, se disponía a subir con sus tropas hacia Sedán, a fin de dar la vuelta al Argonne por el Norte. Pero quedando por él la Cruz del Bosque, podía, aunque con algunas dificultades, introducirse por aquel desfiladero. Envió, pues, una columna austríaca con los emigrados, a las órdenes del príncipe de Ligne.

El coronel francés y sus hombres, sorprendidos por aquel inesperado ataque, se vieron obligados a ceder el sitio a los invasores y replegarse hacia el Grand-Pré. El enemigo quedó, pues, dueño del desfiladero.

Esto es lo que había ocurrido en el momento en que nosotros nos veíamos obligados a emprender la huida. Después Dumouriez intentó reparar aquella falta tan grave enviando al general Chazot con dos brigadas, seis escuadrones y cuatro piezas de a ocho, para arrojar a los austríacos antes de que hubieran tenido tiempo de atrincherarse.

Desgraciadamente, el 14, Chazot no se halló en disposición de operar, y el 15 tampoco. Cuando atacó en la tarde del 16, era ya demasiado tarde.

En efecto: si al principio rechazó, a los austríacos del desfiladero, si les causó la muerte de mismo príncipe de Ligne, bien pronto se vi obligado a resistir el choque de fuerzas superiores; y, a pesar de sus heroicos esfuerzos, el paso de la Cruz del Bosque quedó definitivamente perdido.

Falta muy lamentable para Francia, y aún añadiré que para nosotros, pues sin este deplorable error, desde el día 15 hubiéramos podido encontrarnos indudablemente en medio de lo franceses..

Al presente, esto ya no era posible. En efecto, Chazot, viéndose aislado del cuartel general.
retrocedió hasta Vouziers, en tanto que Dubourg que ocupaba la posición de Chene-Populeux, temiendo ser envuelto, retrocedía prudentemente hacia Attigny.

La frontera de Francia estaba, pues, abierta a las columnas de los imperiales. Dumouriez corría peligro de ser copado y verso obligado a rendir las armas.

Si esto sucedía, ya no había obstáculos serios que oponer a los invasores entra el Argonne y París.

En cuanto a Juan Keller y a mi, es preciso convenir en que no nos hallábamos en una situación muy grata.

A los pocos momentos de haber salido yo de la casa de Hans Stenger, me había reunido a M. Juan en lo más espeso del bosque.

- ¿Vos, Natalis? - exclamó al verme.

-Sí....y yo.

-¿Y vuestra promesa de no abandonar jamás a Marta ni a mi madre?

-¡Minuto! M. Juan: escuchadme.

Entonces le referí todo. Le dijo que yo conocía el territorio del Argonne, cuya extensión y disposición ignoraba él; que Mad. Keller y Mlle.
Marta me habían dado la orden de seguirle, y que yo no había dudado.

-Y si he hecho mal, M. Juan, que Dios me castigue.

-Venid, pues.

En aquel momento no se trataba ya de seguir el desfiladero hasta la frontera del Argonne. Los austríacos podían extenderse más allá del desfiladero de la Cruz del Bosque, y aun seguir el camino de Briquenay. De aquí la necesidad de marchar en línea recta hacia el Sudoeste, para franquear la línea del Aisne.

Marchamos, pues, en esta dirección hasta el momento en que el día desapareció por comploto. Aventurarse en el bosque ron la obscuridad de la noche no era posible. ¿Cómo orientarse? Por consiguiente, hicimos alto hasta que fuera de día.

Durante los primeras horas, no cesamos de oír los estampidos de los fusiles a menos de media legua de distancia. Eran los voluntarios de Longwe, que trataban de quitar el desfiladero a los austríacos; pero no teniendo fuerzas suficientes para ello, se vieron obligados a dispersarse. Por desgracia, no se desparramaron a través del bosque, donde nosotros hubiéramos podido encontrarlos y saber por ellos que Dumouriez tenía su cuartel general en Grand-Pré. Les hubiéramos acompañado, y allí, según supe más tarde, hubiera encontrado a mi querido regimiento Real de Picardía, que había salido de Charleville para reunirse al ejército del Centro. Una vez llegados a Grand -Pre,. tanto M. Juan como yo, nos hubiéramos encontrado entra amigos, nos hubiéramos hallado en salvo, y habríamos visto lo que convenía hacer para la salvación de los seres queridos que dejábamos abandonados en la Cruz del Bosque.

Pero los voluntarios habían evacuado el Argonne y subido río arriba todo el curso del Aisne, a fin de llegar cuanto antes al cuartel general.

La noche fue muy mala. Caía una lluvia menuda que calaba hasta los huesos. Nuestros vestidos, desgarrados por las malezas, se caían a pedazos. Yo no recogería ahora ni siquiera mi manta, Nuestros zapatos, sobra todo, amenazaban dejarnos con los pies al aire. ¿Nos veríamos obligados a caminar descalzos sobra nuestra cristiandad, como se dice en mi aldea? En fin: nos hallábamos transidos, pues la lluvia continuaba cayendo a través del ramaje, y yo había buscado en vano un agujero, un resguardo cualquiera para maternos en él. Añadid a esto algunos alertas dados por los centinelas, los tiros tan próximos, que dos o tres veces se me figuró haber visto la luz del fogonazo, y la angustia de escuchar a cada instante resonar el a ¡hurrah! prusiano.

Entonces, pues, era preciso esconderse y huir más lejos, por temor de caer en poder de los enemigos. ¡Allí, polvo y misería! ¡Cuánto tardaba en llegar el día! En el momento en que aparecieron las primeras luces del alba, emprendimos nuestra carrera a través del bosque. Digo carrera, porque caminábamos todo lo de prisa que permitía la naturaleza del terreno, en tanto que yo me orientaba lo mejor que podía, por el sol que salía en aquel momento.

Además, no llevábamos nada en el estómago, y el hambre nos aguijoneaba. M. Juan, al huir, de la casa de los Stenger. no había tenido tiempo de coger provisiones; yo, que salí como un loco por el gran temor de que los austríacos me cortasen la retirada, no había tampoco tenido tiempo de proveerme. Nos hallábamos, por consiguiente, reducidos a danzar delante del buffet, como se dice en Picardía cuando aquél está vacío.

Si las cornejas y otras muchas clases de aves abundan en el bosque, y volaban por centenares a través de los árboles, la caza parecía muy rara.

Apenas se vela de distancia en distancia alguna que otra cama de liebre, o alguna parejilla de conejos que titilan a través del follaje; ¿pero cómo atraparlos?

Por fortuna los castaños no escasean en el Argonne, ni las castañas en aquella estación. Yo asé algunas entre la ceniza, después de haber encendido un montón de ramas secas con un poco de pólvora. Esto nos libró positivamente de morir de hambre.

Llegó la noche. El bosque estaba tan espeso por aquella parte, que apenas habíamos recorrido tres leguas desde por la mañana. Sin embargo, la lindo del Argonne no podía estar lejos, dos o tres leguas todo lo más. Se escuchaban las descargas de mosquetería

de los exploradores que recorrían todo lo largo de la ribera del Aisne. Sin embargo, necesitaríamos todavía lo menos veinticuatro horas antes que pudiéramos encontrar un refugio al otro lado del río, fuese en Vouziers o en alguna otra aldea de la ribera izquierda.

No insistiré sobre las fatigas que pasamos. No teníamos ni siquiera el tiempo de pensar en ellas.

Aquella noche, a pesar de que mi cerebro estaba preocupado con mil temores, como tenía mucho sueño, me tendí a descansar al pie de un árbol. Me acuerdo que en el momento en que mis ojos se cerraron estaba pensando en el regimiento del coronel von Grawert, que había dejado una treintena de sus soldados muertos en la explana. da, algunos días antes. Este regimiento, con su coronel y sus oficiales, le enviaba yo al diablo; y eso estaba haciendo precisamente cuando me dormí.

Cuando vino el día, pude observar perfectamente que M. Juan no había pegado los ojos. No pensaba en si mismo; le conocía bastante para estar seguro de ello. Pero el representarse a su madre y a Mlle.. Marta en la casa de la Cruz del Bosque, entre las manos de los austríacos, expuestas a tantas injurias, y acaso las brutalidades, esto le oprimía el corazón.

En suma: durante aquella noche, quien había velado era M Juan. Y es preciso que yo tuviera un sueño muy pesado, pues las detonaciones se escuchaban a muy poca distancia. Como yo no me despertaba, M. Juan quería dejarme dormir.

En el momento en que íbamos a ponernos en marcha, M. Juan me paró y me dijo:

-Natalis; escuchadme.

Estas palabras habían sido pronunciadas con la entonación de un hombre que ha tomado su resolución. Yo comprendí al punto de qué me quería hablar, y la respondí sin darle tiempo da proseguir:

- No, M. Juan -, no os escucharé, si es de separación de lo que queréis hablarme.

- Natalis (replicó); solamente por sacrificaros por mi habéis querido seguirme.

-Bueno; ¿y qué?

-En tanto que sólo se ha tratado de latinas, no he dicho nada; pero ahora se trata de peligros. Si al fin soy preso, y si os prenden conmigo, estad seguro de que no os perdonarán. Vuestra prisión será vuestra muerte, y esto...., Natalis, no puedo consentirlo. Partid, pues; pasad la frontera: yo tratará también de hacerlo por mi parte; y si por desdicha no nos volvemos a ver....

-M. Juan (respondí); ya es tiempo de volver a emprender la marcha. O juntos nos salvaremos, o moriremos juntos.

- ¡Natalis!

-¡Os juro por Dios, que no os abandonaré, Juan!

Por fin, nos pusimos en marcha. Las primeras horas del día habían sido muy calurosas y sofocantes.

La artillería dejaba oír sus estampidos en medio de las detonaciones de la mosquetería. Era un nuevo ataque que se libraba en el desfiladero de la Cruz del Bosque; ataque que no tuvo éxito para los franceses en presencia de un enemigo tan numeroso.

Después, hacia las ocho, todo quedó de nuevo silencioso. No se escuchaba ni un solo tiro de fusil. ¡Terrible incertidumbre para nosotros! Ninguna duda quedaba de que se había librado un combate en el desfiladero. ¿Pero cuál había sido el resultado de este combate? ¿Debíamos cambiar de rumbo y subir a través del bosque? No; por instinto comprendía yo que esto hubiera sido entregarse. Era preciso continuar marchando; seguir a pesar de todo, sin dejar la dirección de Vouziers.

A medio día, algunas castañas asadas entre la ceniza fueron, como el día antes, nuestro único alimento. El bosque era por aquella parte tan espeso, que apenas recorríamos quinientos pasos por hora; sin contar las alarmas repentinas, tiros y cañonazos a derecha o izquierda, y, en fin, otro sinnúmero de peripecias, que nos llenaban el alma de pavor, sobre todo el toque de rebato que sonaba en los campanarios de todas la poblaciones del Argonne.

Llegó la noche, y yo comprendí que no debíamos hallarnos a una legua del curso del Aisne, Al día siguiente, si no nos veíamos detenidos por algún obstáculo, nuestra salvación estaba asegurada del otro lado del río. No tendríamos más que seguir su curso, bajando una hora por la orilla derecha, y lo pasaríamos por el puente de Senue o por el de Grand-Ham, de los cuales ni Clairfayt ni Brunswick eran dueños todavía.

Hacia las ocho de la noche hicimos alto. Lo primero de que nos ocupamos fue de buscar un sitio espeso que nos resguardara del frío y de los espías.

No se escuchaba más que el tintineo de las gotas de lluvia sobre las hojas de los árboles. Todo estaba tranquilo en el bosque, y, sin embargo, yo no sé por qué, encontraba algo de inquietante en aquella tranquilidad.

De repente, a la distancia de unos veinte pasos, se oyeron dos voces. M. Juan me cogió la mano.

- Si (decía uno); estamos sobre su huella desde la Cruz del Bosque.

-¡No se nos escapará!

- Pero.... nada de los mil florines a los austríacos.

-No; nada, compañeros.

Yo sentía la mano de M. Juan, que oprimía más fuertemente la mía.

- La voz de Buch,- murmuró a mi oído.

- ¡Bribones!(respondí.) Seguramente serán cinco

o seis. No los esperemos. Y en seguida nos echamos fuera de la espesura, escurriéndonos sobre la hierba.

De repente, el ruido que produjo al quebrarse una rama seca nos denunció. En el mismo instinto el fogonazo de un tiro iluminó la porte bola del bosque. Habíamos sido descubiertos, desgraciadamente.

- Venid, M. Juan, venid,- le grité.

-No sin haber aplastado la cabeza a uno de estos miserables,- me respondió. Y descargó su pistola en dirección del grupo que se precipitaba hacia nosotros.

Estoy casi seguro de que uno de aquellos bribones cayó al suelo. Pero no me pude cerciorar, porque tenía otra cosa más importante de que ocuparme.

Corrimos con toda la velocidad de nuestras piernas; sentía que Buch y sus camaradas venían a nuestros talones. Estábamos exhaustos de fuerzas.

Un cuarto de hora después, la banda entera cayó sobre nosotros. La componían media docena de hombres armados.

En un instante nos echaron al suelo, nos ataron las manos, y después nos hicieron marchar delante de ellos, sin escatimarnos, por supuesto, los golpes.

Una hora después, estábamos en poder de los austríacos, acampados en Longwe, y más tarde encerrados y con centinelas de vista en una casa de la población.

XXII

¿Era la casualidad la que había puesto a Buch sobre nuestros pasos? Yo me inclinaba a creerlo, pues desde hacía algún tiempo el azar no se mostraba muy amigo de nosotros; pero algún tiempo después llegó a nuestro conocimiento lo que entonces no podíamos saber: esto es, que desde nuestro último encuentro, el hijo de Buch que había quedado vivo no había cesado un punto en sus investigaciones, menos para vengar la muerte de

su hermano, podéis creerlo, que para cobrar la prima de mil florines. Aunque había perdido nuestras huellas a partir del día en que habíamos empezado a recorrer el Argonne, había vuelto a encontrarlas en la aldea de la Cruz del Bosque. Era uno de aquellos espías que invadieron la población en la tarde del día 16. En casa de los Stenger reconoció a M. y Mlle.. Lauranay, a Mad. Keller y a mi hermana, y allí supo que nosotros hacía pocos momentos que acabábamos de salir de allí; por lo tanto, comprendieron que no podíamos estar lejos. Media docena de bribones de su calaña se unieron a él, y todos se lanzaron en nuestra persecución. Lo demás ya se sabe. Entretanto, nos encontrábamos guardados de modo tal, que desafiaba a toda evasión, esperando que se decidiese acerca de nuestra suerte, lo cual no podía tardar mucho, ni ser dudoso; pues, como se dice vulgarmente, no nos quedaba más que el tiempo preciso para escribir a la familia si nos dejaban.

Mi primer cuidado fue el de examinar la habitación que nos servía de calabozo. Ocupaba la mitad del piso Lijo de una casa, baja también. Dos ventanas, treinta por frente la una de la otra, la iluminaban, dando una a la calle, y otra a un patio.

Indudablemente, de esta no saldríamos sino para ser conducidos a la muerte. No podíamos esperar otra cosa.

M. Juan, bajo la doble acusación de haber herido a un oficial y de haber desertado del ejército en tiempo de guerra; yo, acusado de complicidad y probablemente de espionaje, en mi cualidad de francés; ninguno de los dos nos haríamos viejos.

Al poco tiempo oí murmurar a M. Juan.

-Por esta vez hemos llegado el fin.

Yo no respondí nada, lo confieso; mi fondo de confianza habitual había recibido un golpe mortal., y la situación me parecía completamente desesperada.

-¡Sí, el fin? (repetía M. Juan.) ¿Y qué importaría, si mi madre, si Marta, si todos aquellos a quienes amamos estuvieran fuera de peligro? Pero después de nosotros, ¿qué será de ellos? ¡Estarán todavía en aquella población, entro las manos de los austríacos! Y desde luego, admitiendo que no hubiesen sido llevados a otra parte, una breve distancia los separaba de nosotros. Apenas había legua y media entra la Cruz del Bosque y Longwe. ¡Con tal que la noticia de nuestra detención no hubiese llegado hasta ellos!

Esto es lo que yo pensaba, y lo que temía por encima de todo. Esto hubiese sido un golpe de muerte para la pobre Mad. Keller. Sí, yo deseaba con vivas ansias que los austríacos las hubiesen conducido hacia las avanzadas, al otro lado del Argonne.

Sin embargo, Mad. Keller estaba apenas transportable, y si se la obligaba a ponerse inmediatamente en camino, si los cuidados la faltaban

Pasó la noche, sin que nuestra situación se hubiese modificado en nada. ¡Qué tristes pensamientos nos invaden el cerebro, cuando la muerte está próxima! Entonces es cuando toda nuestra vida pasa en un instante por delante de nuestros ojos. Es preciso añadir que padecíamos mucha hambre, no habiendo vivido desde hacía tres dios más que de castañas. No se bahía pensado siquiera en proporcionarnos el más pequeño alimento., y, ¡qué diablo! bien valíamos mil florines para aquellos bribones de Buch y comparsa, y, por consiguiente, debían alimentarnos aunque fuera por su precio. Verdad es que no le habíamos vuelto a ver. Sin duda se habían marchado a prevenir a los prusianos de nuestra captura.

Entonces pensé yo que acaso en todo esto podría pasar algún tiempo. Los que nos guardaban eran los austríacos, y los que habían de decidir acerca de nuestra suerte eran los prusianos; por consiguiente, o estos habían de venir a la Cruz del Bosque, o nosotros seríamos conducidos a su cuartel general. De aquí se originarían las tardanzas, a menos

que llegase una orden de ejecución en Longwe. Pero, en fin: fuera lo que quisiera, era preciso no dejarnos morir de hambre.

Por la mañana, la puerta de la prisión se abrió a eso de las siete. Una espacio de ranchero, con blusa, entró llevándonos una escudilla de sopa, mejor dicho, agua o poco menos para hacer la sopa, y unas migajas dentro. La cantidad suplía a la calidad No teníamos derecho para quejarnos, y, además, yo tenlo, tanta hambre, que no hice más que soplar y sorber.

Yo hubiera querido interrogar al ranchero; saber por él lo que sucedía en Longwe, y sobro todo en la Cruz del Bosque; si se hablaba de la aproximación de los prusianos; si su intención era tomar el desfiladero para atravesar el Argonne; en qué estado, en fin, se hallaban lis cosas.

Pero yo no sabia bastante alemán para ser comprendido ni para comprender; y M. Juan, absorto en sus reflexiones, guardaba silencio. Yo no me hubiera atrevido a distraer su atención; por consiguiente, era imposible todo intento de conversación con aquel hombre.

Nada nuevo aconteció durante aquella mañana. Estábamos guardados con centinelas de vista. Sin embargo, se nos permitió entrar y salir en .,el pequeño patio, donde los austríacos nos examinaban con más curiosidad que simpatía, bien podéis creerlo. Al verme delante de ellos, hacía yo todos los esfuerzos imaginarios por poner buena cara: así es que me paseaba con las manos en los bolsillos, silbando las canciones más alegres del Real de Picardía.

Pero entretanto me decía a mi mismo:

-Anda, anda; silba, pobre mirlo enjaulado, que pronto te cortarán el silbato.

A mediodía se nos sirvió otra nueva sopera con pan mojado. Como se ve, nuestra comida no era muy variada; y yo, por mi parte, comenzaba a echar de menos las castañas del Argonne. Pero, en fin, fue preciso contentarse con lo que nos daban; tanto más, cuanto que aquella especie de mastín, aquel miserable ranchero con su cara de ardilla, parecía que quería decirnos: “Esto es demasiado bueno todavía para vosotros”.

¡Santo Dios! ¡De qué buena gana le hubiere arrojado la escudilla a la cabeza! Pero más valía no echarlo todo a rodar, contentarse con lo que se nos daba, y reponer en lo posible las fuerzas, para no desfallecer en el último momento. hasta logré conseguir que M. Juan compartiese conmigo la clara sopa. Comprendió mis razones, y comió por último un poco. Sin embargo, en tanto que comía pensaba sin duda en otra cosa muy distinta.

Su pensamiento y su espíritu estaban en otra parte, allá abajo, en la casa de Hans Stenger, con su madre y con su prometida. Como si hablara consigo mismo, pronunciaba el nombre de ellas, y las llamaba. Algunas veces, poseído de una especie de desvarío, se lanzaba hacia la puerta, como si quisiera ir a reunirse con ellas.

Aquello era más fuerte que él. Entonces caía como desfallecido. Si es verdad que no lloraba, no causaba por eso menos compasión, pues las lágrimas lo hubieran consolado. Pero ¡no!, no lloraba, y el verlo en tal estado me desgarraba el corazón.

Durante este tiempo pasaban ante nosotros filas de soldados, marchando sin orden, con las armas a discreción, y después otras columnas que atravesaban por Longwe. Los trompetas callaban, y los tambores también; el enemigo se deslizaba sin ruido, a fin de ganar la línea del Aisne. Debieron desfilar por allí, en aquellos días muchos miles de hombres. Pero no pude saber, aunque lo deseaba mucho, si eran austríacos o prusianos. Por lo demás, ni un solo tiro de fusil se oía en toda la parte occidental del Argonne. Las puertas de Francia estaban abiertas de par en par; ni siquiera se las defendía.

Hacia las diez de la noche, una escuadra de soldados se presentó en la puerta de nuestra prisión. Aquellos eran prusianos, no me cabía duda; y lo que me dejó

verdaderamente anonadado, fue quo reconocí el uniformo del regimiento de Lieb, que sin duda había llegado a Longwe después de su encuentro con los voluntarios en el Argonne.
Se nos hizo salir a M. Juan y a mi, después de habernos atado fuertemente las manos a la espalda.
M. Juan se dirigió entonces al cabo que mandaba la escuadra.
-¿Donde se nos va a conducir?. preguntó.
Por toda respuesta, aquel miserable nos echó fuera de un empujón. En aquel momento teníamos la apariencia perfecta de dos pobres diablos a quienes se va a ejecutar sin juicio ni apelación. Y, sin embargo, yo no había sido cogido con las arma,; en la mano. Pero; cualquiera se atrevía a decir esto ni otra cosa alguna a tal especie de bárbaros Se os reirían en vuestras barbas como los hulanos.
La escuadra que nos conducía, y nosotros con ella, siguió el camino de Longwe que desciende basta la linde del Argonne, y que tuerce un poco, fuera de la población, hacia el camino de Vouziers.
Al cabo de unos quinientos pasos, nos detuvimos en medio de una explanada, donde acampaba el regimiento de Lieb.
Algunos instantes después, comparecíamos ante el coronel ven Grawert.
Se contentó con mirarnos, y no pronunció una sola palabra. Después, volviéndonos la espalda, dio la señal de partida, y todo el regimiento se puso en marcha.
Entonces comprendí que se nos quería hacer comparecer ante un consejo de guerra; que se emplearían algunas fórmulas para administrarnos una docena de balas en el cuerpo, y que esto se hubiera hecho i u mediata mente, si el regimiento hubiese permanecido en Longwe. Pero, según parece, los asuntos apremiaban y los aliados no tenían mucho tiempo que perder, si querían llegar antes que los franceses a la línea M. Aisne.
En efecto: Dumouriez, habiendo sabido que los imperiales eran dueños del desfiladero de la Cruz del Bosque, acababa de poner en ejecución un nuevo plan. Este plan consistía en bajar todo a lo largo del límite del Argonne, por su lado izquierdo, hasta la altura del desfiladero de las isletas, a fin de retirarse a Dillon, que lo ocupaba.
De esta manera nuestros soldados podrían hacer frente a las columnas de Clairfayt, que vendría del lado de la frontera, y a las columnas de Brunswick, que se presentarían por el lado de Francia. Era de esperar, seguramente, que los prusianos atravesarían el Argonne desde el momento en que fuera levantado el campo de Grand-Pré, a fin de cortar el camino de Chalons.
Dumouriez, pues, había abandonado su cuartel general, sin ruido, en la noche del 15 al 16 Después de haber franqueado los dos puentes de Aisne, vino a detenerse con sus tropas a las alturas de Autry, a cuatro leguas de Grand-Pré Desde allí, no obstante el gran pánico que por dos veces introdujo el desorden entra nuestro soldados, continuó hacia Dammartin-sur-Hans, con intención de ocupar las posiciones de Saint-Menehould, que están situadas a la extremidad del paso de las isletas.
Al mismo tiempo, como los prusianos iban a desembocar del Argonne por el desfiladero de Grand-Pré, Dumouriez tomaba todas sus precauciones a fin de que el campo de l'Epine, situado junto al camino de Chalons, no pudiese ser ocupado, en caso de que el enemigo llegara a atacarla en vez de replegarse sobra Saint-Menehould.
En aquel momento, los generales Bournonville, Chazot y Dubouquet recibían la orden de reunirse inmediatamente con Dumouriez, el cual, a la vez, hacia que Kellerman, que había salido el 4 de Metz, apresurase su marcha hacia adelante.
Si todos estos generales eran exactos a la cita, Dumouriez tendría a su disposición 35.000 hombres, con los cuales hacer frente a los aliados .

En efecto: Brunswick y sus prusianos habían vacilado algún tiempo, antes de combinar definitivamente su plan de campaña. Por fin, se decidieron por atravesar el desfiladero de Grand-Pré y desembocar en el Argonne, para apoderarse del camino de Chalons, rodear al ejército francés en Sainte-Menehould, y obligarle a rendir las armas.

Esta era la razón por la cual el regimiento de Lieb había salido tan precipitadamente de Longwe, y por qué caminábamos río arriba todo el curso del Aisne.

Hacia un tiempo terrible de niebla y lluvia. Los caminos estaban intransitables, y el lodo nos cubría hasta las rodillas. ¡Qué penoso es terminar así, con los brazos atados!.... Verdaderamente, hubiera sido mejor que nos hubiesen fusilado en seguida.

¡Y los malos tratamientos que recibíamos de los cuales no economizaban aquellos endiablados prusianos! ¡Y los insultos que nos lanzaban a la cara! Aquello era mucho peor que el lodo.

¡Y aquel Frantz von Grawert, que vino diez veces a insultarnos ante nuestros propios ojos! M. Juan no podía contenerse. Las manos la temblaban bajo las cuerdas, con el ansia de coger al teniente por el pescuezo y estrangularle, como a una bestia malvada.

Costeamos el Aisne, caminando a marchas forzadas. Fue preciso pasar con el agua hasta la media pierna los riachuelos Dormoise, Tourhe y Bionne; no se descansaba nada, a fin de llegar a tiempo para ocupar las alturas de Sainte--Menehould. Pero la columna no podía marchar más de prisa. Se atascaba frecuentemente, y cuando los prusianos se encontrasen enfrente de Dumouriez, era de esperar, con toda seguridad, que los franceses estarían ya apoderados de las isletas.

Así caminamos hasta las diez de la noche. Los víveres se distribuyeron apenas, y si a los mismos prusianos les faltaban, ya puede considerarse lo que sucedería a los dos prisioneros, a quienes arrastraban como a bestias.

M. Juan y yo apenas podíamos hablarnos. Por otra parte, cada palabra que cambiábamos, por insignificante que fuera, nos valía algún empujón o algún culatazo. Verdaderamente, aquellos hombres eran de una raza cruel. Sin duda querían agradar al teniente Frantz von Grawert, y desgraciadamente lo conseguían demasiado.

Aquella noche del 19 al 20 de Septiembre fue una de las más penosas que habíamos pasado hasta entonces. En aquella situación, echábamos mucho de menos nuestras paradas bajo el follaje del Argonne, cuando estábamos todavía fugitivos.

En fin, antes de ser de. día, habíamos llegado a un terreno pantanoso, el lado izquierdo de Sainte-Menehould, Y muy próximo a este punto. Allí fue instalado el campamento, en un terreno en el cual había dos pies de espesor de lodo. Se prohibió encender fuego alguno, pues los prusianos no querían dejar conocer su presencia en aquel sitio.

Un olor infecto se elevaba de aquella masa de hombres amontonados. Como se dice en mi país se hubiera podido coger más con la nariz que con una pala.

Por fin, el día amaneció; aquel día en que sin duda se libraría la batalla. El Real de Picardía estaría allí seguramente, y yo no ocuparía mi puesto entro las Alas de mis camaradas.

Se observaba un gran movimiento de idas y venidas a través del campo. Estafetas y ayudantes de campo atravesaban a cada instante e pantano. Los tambores redoblaban, sonaban las trompetas, y se oían también algunos disparos de fusil hacia el ala derecho.

¡En fin! Los franceses habían ganado la delantera a los prusianos, y ocupaban Sainte-Menehould. Eran cerca de las once, cuando una escuadra de soldados vino a buscarnos a M. Juan y a mí. Primeramente se nos condujo ante una tienda donde se hallaban formando consejo una media docena de oficiales, presididos por el coronel von Grawert. ¡Si! ¡Él en persona presidía el consejo de guerra! Este no fue largo. Una simple fórmula

para establecer nuestra identidad. Por otra parte, Juan Keller, ya condenado a muerte por haber herido a un oficial, lo fue por segunda vez como desertor, y yo.... como espía francés.

No había sobra qué discutir, y cuando el coronel hubo añadido que la ejecución tendría lugar en seguida, grité yo:

- ¡Viva Francia!

- ¡Viva Francia ¡- repitió Juan Keller.

XXIII.

Por aquella vez, ya era asunto concluido. Se puede decir que los fusiles estaban ya apuntados sobre nosotros. No había que esperar más que la voz de: ¡fuego! No importa: Juan Keller y Natalis Delpierre sabrían morir.

En la parte de afuera de la tienda se encontraba el pelotón que debía fusilarnos a una docena de soldados del regimiento de Lieb, a las órdenes de un teniente.

No se nos habían vuelto a atar las manos. ¿Para qué? De seguro que no podíamos huir. Algunos pasos, sin duda, y allí cerca, junto a un muro, o al pie de un árbol, caeríamos los dos bajo las balas prusianas. ¡Ah! ¡Qué no hubiera dado yo por morir en plena batalla, herido de veinte sablazos o cortado en dos por una bala de cañón! Recibir la muerte sin poder defenderse, era muy duro.

M. Juan y yo marchábamos silenciosamente, él pensaba en Marta, a quien no vería más, y en su madre, a quien este último golpe mataría seguramente.

Yo pensaba en mi hermana Irma, en mi otra hermana Firminia, ¡en todo lo que restaba de nuestra familia! Yo veía a mi padre, a mi madre, mi aldea, todos los seres que yo amaba, mi regimiento, mi país....

Ni M. Juan ni yo, ninguno mirábamos el sitio a que nos conducían los soldados. Por otra parte, que fuera aquí o allá, poco podía importarnos. Era preciso morir como perros. ¡Oh, qué rabia!.... Evidentemente, puesto que yo mismo os cuento todo esto; puesto que lo he escrito de mi puño y letra, es señal de que escapé de aquel apuro. Pero el desenlace que había de tener aquella historia, me hubiera sido imposible imaginarle, aunque hubiese tenido toda la inventiva del mejor novelista del mundo. Bien pronto vais a saberlo.

A unos cincuenta pasos más lejos fue preciso pasar por en medio del regimiento de Lieb. Todos conocían a Juan Keller. Pues bien: no hubo el menor sentimiento de piedad para él, ni esa piedad que no se rehusa nunca a los que van a morir. ¡Qué naturalezas! ¡Verdaderamente, aquellos prusianos eran bien dignos de ser mandados por los Grawert! El teniente nos vio, y miró a M. Juan, que le devolvió su mirada. La del uno, expresaba la satisfacción de un odio que va a cumplirse; la del otro, sólo expresaba desprecio.

Hubo un momento en que yo creí que aquel iba a tener valor para acompañarnos; y hasta me preguntaba si no llevaría su cinismo hasta el punto de dar él mismo la voz de ¡fuego! Pero en aquel instante una llamada de trompetas se dejó oír, y el teniente se perdió en medio de los soldados.

Nosotros dábamos entonces la vuelta una. de las alturas que el duque de Brunswick había venido a ocupar. Estas alturas que rodean la población, y la rodean con un circulo de tres cuartos de legua, se llaman las colinas de la Luna. Por su pie pasa precisamente el camino de Chalons. Los franceses, por su parte, se dejaban ver desde las alturas vecinas.

Por bajo de éstas se desplegaban numerosas columnas, prestas a subir a nuestras posiciones, de modo que pudieran dominar a Sainte-Menehould. Si los prusianos lo conseguían, Dumouriez se vería muy comprometido en presencia de un enemigo superior por el número, y que podría envolverlo con sus fuegos.

Con un tiempo claro, yo hubiera podido distinguir los uniformes franceses sobre las alturas. Pero todo permanecía oculto todavía en medio de una bruma espesa, que . el sol no había podido disipar. Se escuchaban ya algunas detonaciones y apenas si se podían vislumbrar los resplandores de los tiros.

¿Se creerá?.... Todavía tenía yo alguna esperanza, o, mejor dicho, me esforzaba para no desesperar.

Y, sin embargo, ¿qué esperanza había de que pudiese venirnos socorro alguno por el lado al que se nos conducía? Todas las tropas llamadas por Dumouriez, ¿no estaban bajo su mano, alrededor de Sainte-Menehould? ¿Qué queréis? ¡Se tiene tal deseo de escapar de la muerte, que se acostumbra uno a estas ideas! Eran próximamente once y cuarto. ¡El mediodía del 20 de Septiembre no llegaría jamás para nosotros!

En efecto: habíamos llegado. La escuadra acababa de dejar el camino de Chalons, y se dirigía hacia la izquierda. La niebla era todavía bastante espesa para que los objetos no fuesen visibles a algunos centenares de pies. Se comprendía, sin embargo, que no tardarla en ser disipada por el sol.

Habíamos entrado en un bosquecillo designado para el sitio de la ejecución, y del cual no debíamos volver a salir.

A lo lejos se escuchaban los redobles de los tambores, sonidos de trompetas, detonaciones de artillería, y el fuego graneado de fila y pelotón.

¡Yo procuraba en vano darme cuenta de lo que pasaba, como si hubiera debido interesarme en tal momento! Observaba que aquellos ruidos de batalla venían del lado derecho, y que parcelan aproximarse. ¿Se habría empeñado quizá algún combate en el camino de Chalons? ¿Habría salido tal vez alguna columna del campo de l'Epine para atacar a los prusianos por el flanco? Yo no acertaba a explicármelo.

Si os refiero esto con mucha precisión de detalles, es porque tengo interés en haceros conocer cuál era en aquellos momentos el estado de mi espíritu. En cuanto a los detalles, han quedado bien grabados en mi memoria. Además, no se olvidan con facilidad cosas semejantes. Para mi están tan presentes como si hubieran sucedido ayer.

Acabábamos de entrar en el bosquecillo.

Al cabo de un centenar de pasos, la escuadra se detuvo junto al tronco de un árbol.

Aquel era el sitio donde M. Juan y yo dobíamos ser pasados por las armas.

El oficial que mandaba el pelotón, un hombre de facciones duras, mandó hacer alto. Los soldados se colocaron a un lado, en fila; y me parece que escucho todavía las culatas de sus fusiles resonar en el suelo, cuando hicieron descansar las armas en tierra.

- Aquí es, - dijo el oficial.

- Está bien,:- respondió Juan Keller.

Y respondió esto con voz firme, con la frente alta y la mirada atenta Entonces, aproximándose a mí, me habló en esta lengua francesa que él amaba tanto, y que yo iba a escuchar por última vez.

- ¡Natalis (me dijo); vamos a morir! Mi último pensamiento será para mí madre y para Marta, a quien, después de aquélla, amaba más en el mundo. ¡Pobres mujeres! ¡Que el cielo tenga piedad de ellas! En cuanto a vos, Natalis, perdonadme.

-¿Que os perdone, M. Juan?

-Sí; puesto que soy yo quien....

-M. Juan (respondí): yo no tengo nada que perdonaros. Lo que he hecho, ha sido hecho libremente; y lo haría mil veces, si fuera necesario Dejadme abrazaros, y muramos los dos como valientes.

Y nos arrojamos el uno en brazos del otro.

No olvidará jamás cuál fue la actitud de Juan Keller cuando, dirigiéndose al oficial, le dijo con voz que no temblaba:

-¡A vuestras órdenes!

El oficial hizo una señal. Cuatro soldados se destacaron del pelotón y nos empujaron por la espalda, conduciéndonos al pie de un árbol corpulento. Debíamos ser heridos da la misma descarga, y caer juntos. Mejor quería yo que fuera así.

Me acuerdo perfectamente de que aquel árbol, era una haya. La veo todavía, con un gran trozo de corteza levantada. La niebla comenzaba a disiparse y los árboles más altos salían de entre las brumas.

M. Juan y yo estábamos de pie cogidos de la mano, mirando al pelotón de frente.

El oficial se separó un poco. El piñonero de las llaves de los fusiles que se preparaban llegó a mi oído. Apreté la mano de M. Juan, y os juro que no temblaba en la mía. Los fusiles fueron puestos a la altura de hombro. A una voz, apuntarían, a otra, dispararían, y todo estaría concluido.

De repente se oyeron grandes gritos en el bosque, detrás de la escuadra de los soldados que teníamos delante.

¡Dios del cielo! ¿Qué veo? Mad. Keller, sostenida por Mlle. Marta y por mi hermana Irma. Su voz apenas podía escucharse; su mano agitaba un papel, y Mlle. Marta, mi hermana y M. de Lauranay gritaban con ella:

-¡Frances! ¡Francés!

En aquel instante sonó una formidable detonación, y vi a Mad. Keller, que caía desfallecida.

Sin embargo, ni M. Juan ni yo habíamos caído. ¿Es que no eran los soldados del pelotón los que habían disparado?

¡No! Una media docena de entro ellos yacían en el suelo, en tanto que el oficial y los otros corrían a todo escape.

Al mismo tiempo, de diversos lados, a través del bosque, se oían estos gritos, que me parece oír todavía:

-¡Adelante! ¡Adelante! Aquel era el grito de guerra francés, y no el ronco wortwaertz de los prusianos.

Un destacamento de nuestros soldados se había arrojado fuera del camino de Chalons, y acababa de llegar al bosque, en el momento preciso, ¡justo es decirlo! Los disparos de sus fusiles habían precedido algunos segundos solamente a los que el pelotón iba a tirar. Esto había bastado. Pero, ¿cómo se habían encontrado allí nuestros bravos compañeros tan a punto? Yo no debía saberlo hasta más tarde.

M. Juan se había puesto de un salto al lado de su madre, a la cual Mlle.. Marta y mi hermana sostenían entre sus brazos.

La infeliz mujer, creyendo que la descarga que había sonado acababa de darnos la muerte, había caído sin conocimiento.

Pero al calor de los besos de su hijo se reanimaba, volvía en si, y de sus labios se escapaban todavía estas palabras, dichas con un acento que no olvidaré en mi vida:

-¡Es francés!...¡Es francés!...

¿Qué quería decir? Yo me volví hacia M. de Lauranay; pero tampoco podía hablar.

Mlle. Marta cogió entonces el papel que Mad. Keller oprimía en su mano, todavía apretada como si fuese la da una muerta, y se la presentó a M. Juan.

Parece que estoy viendo todavía aquel papel. Era un periódico alemán, el Zeitblatt. Juan le había cogido, y le leía. Gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. ¡Dios del cielo!... ¡Qué felicidad es el saber leer en ocasiones semejantes!....

Entonces, de los labios de él salieron las mismas palabras. Se irguió, tomó el aspecto de un hombre que se hubiera vuelto loco súbitamente. Yo no podía comprender lo que decía: tan afligida estaba su voz por la emoción.

-¡Francés! ¡Yo soy francés! (exclamaba.) ¡Ah, madre! ¡Ah, Marta querida!...¡Soy francés ¡

Después cayó de rodillas, como en un movimiento de entusiasmo y de reconocimiento ha-cia Dios.

Pero Mad. Keller acababa de erguirse, y le dijo:

-Ahora, Juan, no se te obligará más a batirte contra Francia.

-No, madre mía; ahora, mi derecho y mi deber son batirme por ella.

XXIV

M. Juan me había arrastrado consigo, sin haber dado tiempo para explicarnos. Nos habíamos unido en seguida a los franceses, que salían ya del bosque, y marchábamos hacia el cañón, que comenzaba a rodar con estrépito continuo.

Yo intentaba en vano reflexionar.

- ¿Cómo (me decía), M. Juan Keller,. hijo de M. Keller, hijo de un padre alemán de origen, era francés?

No lo entendía. Todo lo que yo podía decir, era que iba a batirse como si lo fuera.

Es preciso referir ahora qué sucesos habían acontecido en aquella mañana del 20 de Septiembre, y cómo un destacamento de nuestros soldados se había encontrado tan a propósito en e bosquecillo que linda con el camino de Chalons.

Se recordará que, en la noche del 16, Dumouriez había hecho levantar el campo de Grand-Pré, para dirigirse a las posiciones de Sainte-Menehould, donde había llegado al día siguiente, después de una marcha de cuatro o cinco leguas.

Delante de Sainte-Menehould avanzan en semicírculo diferentes alturas, separadas por profundos barrancos. Su pie está defendido por estrechas gargantas y pantanos formados por el Aure, hasta e! sitio en que este río se arroja en el Aisne.

Estas alturas son a la derecha, las de Hyron, situadas enfrente de las colinas de la Luna; y a la izquierda, las de Gizaucourt. Entre ellas y Sainte-Menehould se extiende una especie de laguna seca o terreno pantanoso, que atraviesa el camino de Chalons. En su superficie, este pantano es accidentado, sobresaliendo en él algunos montículos de poca importancia, entre otros el del molino de Valmy, que domina la aldea de este nombre, hecho tan célebre el día 20 de Septiembre de 1792.

Al momento de su llegada, Dumouriez ocupó Sainte-Menehould. En esta posición, se apoyaba sobre el cuerpo de Dillon, que se hallaba dispuesto a defender el desfiladero de las Isletas contra cualquier columna, austríaca o prusiana, que quisiera penetrar en el Argonne por el lado opuesto. Allí, los soldados de Dumouriez, bien provistos de víveres, festejaron a su general, cuya disciplina era muy severa. Y de tal modo se evidenció esto con los voluntarios venidos de Chalmil, que la mayor parte de ellos resultaron no valer lo que la cuerda necesaria para ahorcarlos.

Entretanto, Kellermann, después del abandono del campo de Grand-Pré, había hecho un movimiento de retroceso, por causa del cual, el 19 se hallaba todavía a dos leguas de Sainte-Menehould, cuando Bournonville se encontraba ya en dicho sitio con nueve mil hombres del ejército auxiliar, del campo de Maulde.

Según los cálculos de Dumouriez, Kellermann debía situarse en las alturas de Gizaucourt, que dominan a las de la Luna, hacia las cuales se dirigían los prusianos. Pero habiendo sido mal ¡interpretada la orden, Kellermann fue a ocupar la meseta de

Valmy, con el general Valence y el duque de Chartres, el cual, a la cabeza de doce batallones de infantería y de doce escuadrones de artillería, se distinguió muy particularmente en esta batalla.
Entretanto, Brunswick llegaba con la esperanza de ocupar el camino de Chalons y de rechazar a Dillon hasta más allá del desfiladero de las isletas; y una vez rodeado Sainte-Menehould por ochenta mil hombres, a los cuales se había unido la caballería de los emigrados, Dumouriez y Kellermann no tendrían más remedio que rendirse.
Y esto era de temer, puesto que las alturas de Gizaucourt no estaban en poder de los franceses, como quería Dumouriez. En efecto: si los prusianos, dueños ya de las colinas de la Luna, se apoderaban de las alturas de Gizaucourt, su artillería podría reducir a polvo todas las posiciones francesas.
Esto lo comprendió perfectamente el rey de Prusia; por eso, en lugar de dirigirse hacia Chalons, a pesar del aviso de Brunswick, dio orden de atacar, esperando arrojar a Dumouriez y a Kellermann de las gargantas de Sainte-Menehould.
Hacia las once y media de la mañana, los prusianos comenzaron a descender de las colinas de la Luna, en buen orden, y se detuvieron a la mitad de la pendiente.
En este momento, es decir, al principio de la batalla, fue cuando una columna prusiana se encontró en el camino de Chalons con la retaguardia de Kellermann, de la cual, algunas compañías, que se habían internado a través del bosquecillo, pusieron en fuga al pelotón que iba a fusilarnos.
Después de aquel instante, U. Juan y yo nos encontramos en medio de lo más fuerte de la pelea, y al¡! precisamente había yo encontrado a mis camaradas del Real de Picardía.
- ¡Delpierre! -me gritó uno de los oficiales de mi escuadrón, divisándome en el momento en que las balas empezaban a abrir huecos en nuestras filas.
-¡Presente, mi capitán! –respondí.
-Has venido a tiempo.
-Como veis, para batirme.
-¿Pero estás a pie?
-No importa, mi capitán; me batiré a pie, y por eso no cumplirá peor con mi obligación.
Se nos habían dado armas a M. Juan y a mí; a cada uno un fusil y un sable. Los fogonazos pasaban por entre los jirones de nuestros vestidos, y si no teníamos uniforme, era porque el sastre no había tenido tiempo de hacérnoslos.
Debo decir, en conciencia, para ser justos, que los franceses fueron rechazados al principio de la acción; pero los carabineros del general Valence acudieron con presteza y tan a tiempo, que restablecieron el orden, turbado por un momento.
Durante este tiempo, la niebla, desgarrada por las descargas de artillería, se había disipado. Nos batíamos A plena luz del sol. En el espacio de dos horas se cambiaron veinte mil disparos de cañón entre las alturas de Valmy. y las de la Lona. ¿He dicho veinte mil? Bueno; pues pongamos veinte mil, y no hablemos más. En todo caso, según el proverbio, más valía oír aquello que ser sordo.
En aquel momento, la posición tomada cerca del molino de Valmy era muy difícil de sostener. Las balas hacían desaparecer filas enteras de soldados El caballo de Kellermann acababa de ser muerto. No solamente las colinas de la Luna pertenecían o los prusianos, sino que también iban i posesionarse de las de Gizaucourt. Es verdad que nosotros teníamos las de Hyron, de las cuales Clairfayt buscaba el medio de apoderarse, con veinticinco mil austríacos; y si llegaba a conseguirlo, los franceses serían ametrallados de flanco y de frente.

Dumouriez vio este peligro, y envió a Stengel con diez y seis batallones, a fin de rechazar a Clairfayt, y a Chazot para que ocupara a Gizaucourt antes que los prusianos.

Chazot llegó demasiado tarde. La posición estaba ya tomado: Kellermann se vio obligado a defenderse en Valmy contra una artillería que lo abrasaba por todas partes.

Un cajón de municiones estalló cerca del molino, y produjo el desorden por algunos instantes.

M. Juan y yo estábamos allí con la infantería francesa, y fue un milagro que no quedásemos muertos.

Entonces fue cuando el duque de Chartres acudió con una reserva de artillería, y pudo responder oportunamente a los disparos que se nos hacían desde la Luna y desde Gizaucourt.

Sin embargo, la lucha había de ser más ardiente todavía. Los prusianos, ordenados, en tres columnas, subían a la carrera a tomar por asalto el molino de Valmy, para desalojarnos de él y arrojarnos a los pantanos.

Me parece que todavía veo a Kellermann y lo oigo también. dio orden de dejar aproximarse al enemigo hasta la cima, antes de caer sobra di. Se prepara todo el mundo: se aguarda. No falta más sino que la trompeta diga a la carga.

Entonces, en el momento preciso, se escapa este grito de la boca de Kellermann

-¡Viva la Nación!

- ¡Viva la nación! - respondimos todos. Este grito fue dado con tal fuerza, que las descargas de artillería no impidieron que se oyera.

Los prusianos habían llegado hasta la cima de la colina. Con sus columnas bien alineadas, su paso cadencioso y, la sangre fría que demostraban, eran terribles de afrontar. Pero el entusiasmo francés venció. los arrojamos sobra ellos. La lucha fue horrible, y de una parte y de otra el encarnizamiento feroz.

De repente, en medio de la humareda de los tiros que estallaban alrededor de nosotros, vi a Juan Keller lanzarse con el sable en alto. Había reconocido uno de los regimientos prusianos que empezábamos a arrojar por las pendientes de Valmy.

Era el regimiento del coronel von Grawert. El teniente Frantz se batía con gran valor, pues no es la valentía lo que falta a los oficiales alemanes.

M. Juan y él se encontraron frente a frente. ¡El teniente debía creer que ya habíamos caído bajo las balas prusianas, y nos encontraba allí todavía!

¡Júzguese si se quedaría estupefacto! Pero no tuvo tiempo de darse cuenta de ello. De un salto, M. Juan se arrojó sobre él, y con un revés de su sable la hendió la cabeza.

El teniente cayó muerto, y yo he pensado siempre que era muy justo que fuese herido por la mano misma de Juan Keller.

Sin embargo, los prusianos insistían aún en conquistar la meseta, y atacaban con un vigor extraordinario. Pero nosotros no nos quedábamos atrás, y hacia las dos de la tarde se vieron obligados a cesar de hacer fuego, y a bajar de nuevo a la llanura.

La batalla, sin embargo, no estaba más que suspendida. a las cuatro, el rey de Prusia formó tres columnas de ataque, con lo que tenía de más escogido entra la caballería y la infantería, y se puso él mismo a la a la cabeza. Entonces, una batería de veinticuatro piezas, situada al pie del molino empezó a vomitar metralla sobra los prusianos con tal violencia, que no pudieron subir las pendientes de la colina, barridas como estaban por las bala. Después llegó la noche, y se retiraron.

Kellermann había quedado dueño de la meseta; y el nombre de Valmy corría por toda Francia el mismo día en que la Convención, en la segunda sesión que celebraba, establecía por decreto la república.

XXV

Ya hemos llegado al desenlace de esta relación, que hubiera podido llevar el título de Historia de una licencia para ir a Alemania.

Aquella misma noche, en una casa de la aldea de Valmy, Mad. Keller, M. y Mlle.. de Lauranay, mi hermana Irma, M. Juan y yo, nos encontrábamos de nuevo reunidos.

¡Qué alegría tuvimos al vernos juntos después de tantos sufrimiento! Lo que pasó entre nosotros puede adivinarse.

-¡Minuto! (dije yo.) No soy curioso, pero, sin embargo, ¡quedarme así con el pico en el agua!.... Yo quisiera saber

- Cómo se ha hecho que M. Juan sea tu compatriota, ¿no es verdad, Natalis? - respondió mi hermana.

- Si, Irma; y esto me parece tan singular,. que creo debéis haberos equivocado.

-No se cometen tales equivocaciones, mi querido Natalis - replicó M. Juan. Y ved aquí lo que me fue contado en algunas palabras.

En la aldea de la Cruz del Bosque, donde habíamos dejado a M. de Lauranay y sus compañeras con guardas de vista en la casa de Hans Stenger, los austríacos no tardaron en ser reemplazados por una columna prusiana.. Esta columna contaba entre sus filas cierto número de jóvenes que la conscripción del 31 de Julio había arrancado de sus hogares.

Entre estos jóvenes se encontraba un excelente muchacho, llamado Ludwig Pertz, que era de Belzingen. Conocía a Mad. Keller, y fue a verla cuando supo que estaba prisionera de los prusianos. Se le refirió entonces lo que había acontecido a M. Juan, y cómo se había visto obligado a emprender la fuga a través del bosque del Argonne.

Y entonces, ved aquí lo que contestó Ludwig Pertz:

-¡Pero si vuestro hijo no tiene nada que temer, Mad. Keller! ¡Si no había derecho para alistarle!... ¡Él no es prusiano, sino francés ¡....

Júzguese del efecto que produjo esta declaración. Y cuando Ludwig Pertz se vio obligado a justificar su aserto, presentó a Mad. Keller un número del Zeitblatt. Aquel periódico publicaba la sentencia que acababa de ser dictada, con fecha del 17 de Agosto, en el pleito de M. Keller contra el Estado. La demanda de la familia Keller era rechazada, a causa de que la provisión de artículos para el ejército no debía ser concedida más que a un alemán de origen prusiano. Pero daba la casualidad de que se había probado que los antecesores de Keller no habían pedido ni obtenido jamás su naturalización desde su establecimiento en el ducado de Gueldres, después de la revocación del edicto de Nantes; que el dicho Keller no había sido jamás prusiano, y que, por consecuencia, al Estado no debía nada.

¡Vaya una sentencia justa! Que M. Keller había permanecido francés, nadie lo ponía ya en duda; pero esto no era una razón para no darle lo que se le debía. En fin, de este modo se juzgaba en Berlín en 1792. Yo os ruego que creáis que M. Juan no pensaba ni remotamente en apelar de la sentencia. Ya tenía su pleito por perdido, y bien perdido. Lo que era indiscutible, era que, nacido de padre y madre franceses, era todo lo francés que se puede ser en el mundo. Y si le hubiera hecho falta un bautismo para serlo, acababa de recibirlo en la batalla de Valmy, y aquel bautismo de fuego valía tanto como cualquier otro.

Como se comprende, después de la comunicación que nos había sido hecha por Ludwig Pertz, lo que más importaba era encontrar a M. Juan a toda costa. Precisamente se acababa de saber en la Cruz del Bosque que había sido preso en el Argonne y conducido al campamento prusiano, con vuestro servidor. No había, pues un momento que perder. Mad. Keller sacó fuerzas de flaqueza ante la inminencia del peligro que corría su hijo. Después de la partida de la columna austríaca, acompañada de M. de

Lauranay, de Mlle. Marta, de mi hermana, y guiada por el honrado Stenger, salió de la Cruz del Bosque, atravesó el. desfiladero, y llegó a los acantonamientos de Brunswick en la mañana misma del día en que se nos iba a fusilar. Acabábamos de salir de la tienda en que se había celebrado el consejo de guerra, cuando ella se presentó.

En vano reclamó, apoyándose en aquella sentencia que declaraba francés a Juan Keller. No se la escuchó. Se lanzó entonces desesperada, por el camino de Chalons, hacia el sitio donde nos arrastraban...., ¡y sabido es lo que sucedió! En fin: al ver cómo todo se arregla para que las buenas gentes sean felices, cuando son tan dignas de serlo, se convendrá conmigo en que Dios ha hecho bien las cosas.

En cuanto a la situación de los franceses después de la batalla de Valmy, ved lo que tengo que decir en pocas palabras.

Primeramente, durante la noche, Kellermann hizo ocupar las alturas de Gizaucourt, lo que aseguraba definitivamente las posiciones de todo el ejército.

Entretanto, los prusianos nos habían cortado el camino de Chalons, y no podíamos comunicarnos con los depósitos; pero como éramos dueños de Vitry, los víveres pudieron llegar hasta nosotros, y el ejército no sufrió privaciones en el campamento de Sainte-Menehould. Los ejércitos enemigos permanecieron en sus acantonamientos hasta los últimos días de Septiembre. Se habían verificado algunos parlamentos, que no habían dado ningún resultado. Sin embargo, en el campo prusiano había prisa por repasar la frontera. Los víveres faltaban; las enfermedades hacían grandes destrozos, tanto, que el duque de Brunswick levantó el campo el 1º de Octubre.

Es preciso decir que, mientras que los prusianos pasaban de nuevo los desfiladeros del Argonne, se les picó la retaguardia, si bien no muy vivamente. Se les dejaba batirse en retirada, sin acosarlos. ¿Por qué? Lo ignoro. Ni yo ni muchos otros han comprendido la actitud de Dumouriez en aquellas circunstancias.

Sin duda había allí alguna maquinación política oculta, y yo...., ya lo he dicho en otra ocasión, no entiendo ni jota de política.

Lo importante era que el enemigo hubiese vuelto a repasar la frontera. Esto se verificó lentamente, pero al fin se verificó, y no quedó ni un solo soldado en Francia, ni siquiera M. Juan, que se había convertido completamente en compatriota nuestro.

En el momento en que la marcha fue posible, hacia mediados de la primera semana de Octubre, volvimos todos juntos a mi querida Picardía, donde el matrimonio de Juan Keller y de Marta de Lauranay no tardó mucho en celebrarse.

Se recordará que yo debía ser uno de los testigos de M. Juan en Beizingen, y no causará asombro el que lo haya sido en Saint-Sauflieu. Y si alguna unión se ha hecho bajo auspicios felices y en condiciones para serio, fue aquella, o no hay uniones felices en el mundo.

Yo, por mi parte, me incorporé a mi regimiento algunos días después. Aprendí a leer y a escribir, y llegué, como ha dicho, a teniente, y luego a capitán, durante las guerras del imperio.

Esta es mi historia, que he redactado para poner fin a las discusiones de mis amigos de Grattepanche. Si no he hablado como un libro de iglesia, a lo menos he referido las cosas tal como han pasado. Y ahora, queridos lectores, permitid que os salude con mi espada.

Natalis Delpierre

Capitán de Caballería, retirado


editorial del cardo